REPERTORIO AMERICANO

CUADERNOS DE CULTURA HISPANICA

Tomo XLIII — San José, Costa Rica — 1947 — Sábado 22 de Noviembre — No. 12

Año XXVIII — No. 1039

# NO NOS OLVIDEMOS DE ALBERDI EN LA CONFERENCIA DE PETROPOLIS

## Es inseparable la idea de Patria de la de Justicia

Por *Alfredo L. Palacios.*
(De *Argentina Libre.* Buenos Aires, 18 de agosto de 1947).

La Conferencia Interamericana sobre problemas de la guerra y de la paz, celebrada en 1945, declaró que todo atentado de un estado contra la integridad o inviolabilidad del territorio, o contra la soberanía o independencia política de una nación americana, será considerado como un acto de agresión contra los demás países del continente. Recomendó, asimismo, para el mantenimiento de la paz y la seguridad internacionales, que los gobiernos de las repúblicas de América considerarán, *de acuerdo con sus procedimientos constitucionales, la celebración de un tratado* que estipule las medidas encaminadas a conjurar tales amenazas o actos, por medio del retiro de los jefes de misión diplomática, o de la ruptura de relaciones de todo carácter, o *del empleo de las fuerzas militares para evitar o repeler la agresión.*

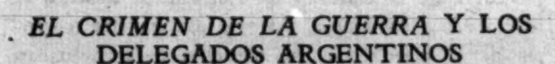
Para dar "forma contractual y fuerza ejecutiva" a la declaración de Chapultepec, en un pacto de defensa continental, se encuentran reunidos, en Petrópolis, los representantes de veintes repúblicas americanas. Nicaragua no ha sido invitada. Vendrá después la Conferencia de Bogotá, con el propósito de crear un *organismo militar que garantice la efectividad del pacto.*

He mantenido, siempre, serias reservas, respecto del panamericanismo, auspiciando, en cambio, con verdadero fervor, una acción iberoamericana.


*Alfredo L. Palacios*
(Por *Clement Moreau*)

Creo que urge en *nuestra América*, sistematizar la cultura y estructurar un régimen económico, dándoles forma y sentido originales para que no sean un simple trasplante, lo que requiere previamente reunir y diferenciar nuestras cualidades específicas. Tenemos que ordenar los elementos indispensables para obtener y ensanchar el conocimiento de nuestros países, cuyos idiomas son idénticos o afines. Sólo así podremos entablar provechosas relaciones con la otra América que debe servirnos de ejemplo, no sólo por el progreso técnico, sino también, sobre todo, por la inquebrantable unión de sus estados.

Frente a la gran república del norte, debería aparecer nuestra América en unidad de ser y de destino, en su unidad profunda, encubierta hoy por el aislamiento de sus pueblos. Es claro que estas palabras no expresan una actitud prevenida o excluyente para con ningún pueblo o grupo racial. No pretendo contribuir a que se levanten murallas destinadas a recluir en un recíproco aislamiento a la humanidad de las dos Américas. Quiero significar, sólo, la urgencia de desentrañar los valores fundamentales que atesora nuestra tradición espiritual, convencido de que las dos grandes comunidades que integran el continente, habrán de colaborar algún día —como iguales— en la realización de finalidades históricas, fundadas en la libertad y la dignidad del hombre.



### *EL CRIMEN DE LA GUERRA* Y LOS DELEGADOS ARGENTINOS

Pero hemos de atenernos a la realidad actual. Los delegados argentinos están ya en Río de Janeiro y han asistido a la inauguración de la Conferencia de Petrópolis. Ocupan asientos que ocuparon Roque Sáenz Peña, Manuel Quintana, Luis María Drago, Estanislao Zeballos y Manuel Augusto Montes de Oca. *Representan a nuestro país y por eso deseamos que mantengan la línea recta del idealismo de nuestra política niternacional.* Olviden nuestros delegados, que su gobierno ha prohibido la lectura, en las escuelas, de *El Crimen de la guerra*, lo que significa repudiar la instauración de un orden jurídico en el mundo.

El presidente Dutra ha hablado del derecho público continental, silenciando, como en Chapultepec, el nombre de su ilustre fundador. Reivindiquen los representantes argentinos, para nuestra América, la gloria de Juan Bautista Alberdi, y todos aplaudiremos.

En las *Bases*, el prócer olvidado estructuró las normas de la convivencia nacional y en *El crimen de la guerra* las de la convivencia internacional. En las *Bases* aparece como el constructor por antonomasia; trabaja en las realidades primitivas de América y pone todo en orden para levantar el edificio de la nacionalidad. Ese libro admirable es todavía actual en muchos de los países del continente.


*Juan Bautista Alberdi*

*El crimen de la guerra* es un alegato en favor de la paz y la justicia del mundo; es un razonamiento vigoroso, rígido como teorema alfebraico, que no vacila ni se detiene ante ningún interés, convención o formalismo. Adquiere hoy una trágica realidad. Alberdi es el precursor de Wilson. Estudió, casi un siglo antes que el presidente norteamericano, la cristalización de una gran fuerza social, con carácter ecuménico. Consideraba que el principio natural que ha creado cada nación, es el mismo que hará nacer y formarse una sociedad de las naciones, corolario, complemento y garantía del edificio de cada nación, como el de cada nación lo es de sus provincias, departamentos, ciudades y familias.

La idea de una sociedad superior, con una justicia internacional para evitar la guerra, dice Alberdi, lejos de excluir la idea de patria, la fortalece, como la individualidad del hombre es compatible con la existencia del Estado de que es miembro. En ninguna parte sería tan absurdo como entre nosotros, atenuar el sentimiento de la patria. Los argentinos tenemos el orgullo de nuestra nacionalidad porque nuestro país posee una tradición tan idealista y depurada que representa la más alta tendencia y la más avanzada en el mundo. No separemos la idea de patria de la idea de justicia. En esto estriba la fuerza moral de la Argentina y ese principio debemos sostenerlo en América contra todos los azares y peligros.

### IBEROAMERICANISMO Y PANAMERICANISMO

Pero Alberdi no era un iluso y comprendía las inmensas dificultades de constituir una autoridad imparcial que juzgara en nombre del mundo. Dificultades que no encontraba para la realización de una vinculación estrecha en *nuestra América.*

Alberdi en su *Memoria sobre la conveniencia de un congreso iberoamericano* —hace más

de un siglo, en 1844— presentó el plan completo de cuestiones relativas al derecho internacional americano, cuestiones que con posterioridad planteó Mr. Blaine en el Primer Congreso Panamericano de Washington, lo que prueba que el estadista yanqui conocía al fundador del derecho público de las naciones de origen español. No lo nombró, sin embargo, lo que acaso se explique por el hecho de que Alberdi se refería exclusivamente a los países de Iberoamérica.

Es claro que el silencio de nuestros delegados en Petrópolis no tendría explicación.

La *Memoria* proclama la política económica que gobierna por medio de la libre navegación de los ríos, la abolición de las aduanas, el *zolverein* al estilo germánico, la inmigración, los ferrocarriles, la paz, el comercio y la industria.

Propuso Alberdi, como primera cuestión, el arreglo de los límites territoriales entre los nuevos estados. La América no podrá establecer contiendas por territorios, sin incurrir en el ridículo de esos dos locos a quienes Montesquieu supone dueños soberanos del orbe y disputan por límites.

Alberdi, con una audacia magnífica, rechazaba la herencia colonial y decía que era menester recomponer la carta geográficopolítica de nuestra América. Había que delinear nuevas fronteras naturales. El congreso que auspiciaba no sería sólo una "junta de plenipotenciarios" sino una "corte arbitral y judiciaria" que pudiera adjudicar en calidad de árbitro supremo costas, puertos, ríos, extensiones de tierra al país que los necesitara para su existencia de pueblo libre.

Otra cuestión que planteaba Alberdi es la ***abolición del espíritu militarista*** y el establecimiento de la paz por la ausencia de los medios para hacer la guerra. Proponía, para prevenirla, una judicatura de paz internacional que pondría al rebelde fuera de la ley de neutralidad. Proponía, además, la cuestión del derecho marítimo y de la unión continental que involucra la uniformidad aduanera, de la moneda, de pesas y medidas, así como la creación de un banco y un crédito continental. Planteaba cuestiones relativas a la validez de los títulos universitarios; las garantías al autor de inventos o escritos; la construcción de un sistema de rutas internacionales; la inviolabilidad del asilo político, pues cada Estado ha de poder ser tribuna de oposición y censura inviolable de los demás.

América deberá intervenir —decía el gran americano— cuando no se cumpla el pacto de comunidad. No olvidemos que estaba descartado el peligro de una nación muy poderosa que pudiera sojuzgar a los pueblos. Alberdi se refería a una comunidad, sólo para las repúblicas de origen ibérico. Excluía de ella a Estados Unidos que "nunca nos han rehusado brindis y cumplimientos escritos" —decía Alberdi— "pero que jamás han tirado un cañonazo en nuestra defensa".

### ALBERDI Y LOS DELEGADOS ARGENTINOS

El espíritu de Alberdi debe presidir en nuestra América la organización de naciones libres e iguales, sin sometimiento a los poderosos que pretendan controlar el mundo. La raíz esencial del pensamiento del autor de *El crimen de la guerra* es la dignidad y la libertad humanas, fundadas en el cristianismo, y el repudio inexorable de la fuerza como principio moral.

Afirmen los delegados argentinos en Petrópolis que Alberdi es el precursor silenciado en Chapultepec y en Río de Janeiro, y exalten junto al libertador Bolívar, cuyo elogio hizo el canciller mexicano, al libertador San Martín, gran capitán de la epopeya, que habló en nombre de la causa del género humano y cuya grandeza moral no fué jamás igualada en la historia.

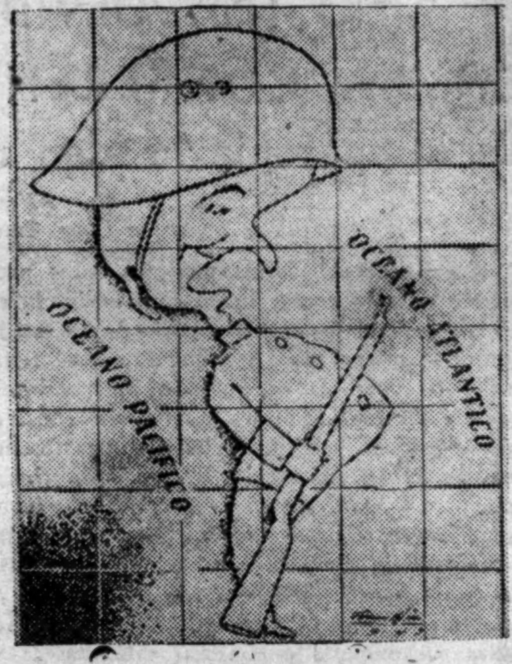
## El Crimen de la Guerra, LIBRO QUE SIGUE SIENDO PROHIBIDO

(Editorial de *La Prensa*. Buenos Aires, 10 de agosto de 1947).

Después de haber aprobado por 63 votos sobre 130 la inclusión de una pregunta relativa a las razones por que se ha prohibido la lectura en las escuelas del admirable libro de Juan Bautista Alberdi, *El crimen de la guerra*, en el pedido de informes verbales al ministro de justicia e instrucción pública, la Cámara de Diputados, mediante una de las rectificaciones de votación, que suelen realizarse con frecuencia, resolvió —esta segunda vez por 62 sufragios contra 8— oponerse a la referida inclusión. Así se ha perdido una ocasión para que el país conozca si subsisten en el pensamiento oficial las razones por las cuales se proscribió, hace ya cuatro años, esa obra ejemplar, escrita en 1870 para optar a un premio instituído por la Liga Internacional y Permanente para el de la paz.

Como se recordará, el 10 de agosto de 1943 —es decir, a sólo dos meses del movimiento del 4 de junio— una resolución del Ministerio de Instrucción Pública prohibió la lectura y el comentario del libro en los establecimientos de segunda enseñanza. Una solicitud, formulada después de restablecidas las formas constitucionales en el país, para que se derogara tal medida, sólo obtuvo una resolución absolutamente negativa en noviembre de 1946. Entretanto, una de las distintas intervenciones de que ha sido y sigue siendo objeto el Consejo Nacional de Educación había adoptado idéntica medida prohibitiva contra la ya histórica obra. De nada han valido los esfuerzos que quienes conocen la obra y la consideran una de las armas realmente eficaces para el afianzamiento de la paz, han realizado en contra de la prohibición. Según también se recordará, en los primeros meses de este año se presentó un proyecto legislativo pidiendo informes al Poder Ejecutivo sobre los fundamentos de la medida adoptada contra el libro, pero la mayoría de la Cámara de Diputados destinó la iniciativa a comisión. Ahora, esa misma mayoría de la Cámara se ha opuesto a la inclusión de la referida pregunta en un pedido de informes.

Todo esto ocurre no obstante que la Argentina ha ratificado tanto el Acta Final de la Conferencia Interamericana sobre Problemas de la Paz y la Guerra, reunida en Chapultepec, como la Carta de las Naciones Unidas, documentos ambos que consagran categóricamente la obligación de defender la paz y el orden jurídico del mundo sobre los mismos principios desarrollados por Alberdi en *El crimen de la guerra*. Desde los decretos del gobierno *de facto* del 27 de marzo y del 8 de septiembre de 1945, relativos a ambos compromisos internacionales, y aun más desde la ratificación de aquellas decisiones por la ley de 30 de agosto de 1946, debiera ser estimulada en todo lo posible la lectura de una obra que coincide plenamente con los propósitos de condenar las agresiones, asegurar la colaboración mundial, dar solución pacífica y de derecho a las diferencias internacionales, prevenir el uso de las armas, difundir, como dice la Resolución XLIII de Méjico, los ideales de paz y reprimir todo cuanto pudiera contribuir a sembrar el odio entre los pueblos. El libro argentino que, sin duda alguna, puede ser señalado como el mejor




*De acuerdo*
(El Pacto de Defensa de Río)
Por *Franklin*.

alegato en favor de la paz de América y del mundo, es el que ha sido proscrito de las escuelas primarias y secundarias.

Hemos dicho en otra oportunidad, y refiriéndonos también a tan injustificada prohibición, que "porque es actual y porque se refiere a problemas permanentes del derecho humano, el libro del gran estadista argentino tiene un gran contenido ético y moral. Difundirlo sobre todo entre las generaciones jóvenes es una manera de crear en el pueblo la conciencia pacífica y cumplir con uno de los conceptos alberdianos: educar las voluntades de los hombres si se quiere arraigar la paz de las naciones". También hemos señalado, en otro comentario editorial reciente, que no es posible tratar al autor de las *Bases* de nuestra Constitución sino en forma integral, "que contemple el todo de su labor y permita conocerlo por completo". "Admitir o imponer el estudio de algunas de sus obras —hemos dicho— y proscribir otras es presentarlo con carácter unilateral y dar, por lo tanto, ocasión a que se forme un juicio equivocado de un hombre cuya grandeza se afianza a medida que transcurre el tiempo". Negar aquel libro, agregábamos, es negar a Alberdi, y hacer esto es desconocer "una de las glorias más puras de la Argentina".

Todas estas últimas reflexiones caben ser repetidas con motivo de la decisión adoptada recientemente por la mayoría oficialista de la Cámara de Diputados y contraria al pedido de informes sobre las causas que llevan a mantener la proscripción de *El crimen de la guerra*. Tal pronunciamiento parecería traducir la opinión de que el gran libro de Alberdi va contra los intereses generales del país, pese a que éste se ha comprometido solemnemente, y por el mismo voto de los legisladores adictos al Poder Ejecutivo, a cumplir con los fines y propósitos expuestos concienzudamente en la obra condenada por un *index*, inconcebible dentro de las democracias.

# LOS INDIOS DE COSTA RICA

Por *Doris Stone.*

(*Atención* de la autora, en San José de Costa Rica).



Para quienes conocemos el país en su geografía o en cualquiera otro de sus aspectos, el tema *Los indios de Costa Rica*, constituye una verdadera interrogación.

Desde luego la existencia de indios en Costa Rica data desde muy remotos tiempos y llega hasta la actualidad; así nos lo informa su geología y su historia y actualmente, el hecho lo señalan los programas oficiales que en bien de los indios se están impulsando.

Desde el punto de vista de la arqueología, Costa Rica es fabulosamente abundante en magníficos objetos de oro de hechura inmejorable. Es curioso que en un país en donde literalmente no se han encontrado hasta hoy, minas de oro de verdadera importancia, abunde en piezas de este metal de manufactura precolombina. Hay piezas de éstas que figuran personas, animales, aves, reptiles y peces, así como también ciertas orquídeas silvestres; otras son pectorales, diademas, anzuelos, etc.; todas yacen esparcidas en el suelo o en antiguas tumbas, en las sinuosas laderas de las colinas. En no menos de cien mil dólares puede apreciarse el metal de oro de las figuras que se han extraído de un sólo cementerio indígena, situado en el suroeste del país, y esto sin tomar en cuenta su valor arqueológico. Aun hoy a esta sección del Pacífico, en la Península de Osa, se llevan maquinarias y técnicos expertos para extraer oro de las arenas del mar cuando baja la marea, oro en polvo y, ocasionalmente, objetos del mismo metal.

¿Qué significa todo esot? En todo tiempo el arte de la metalurgia ha sido muy apreciado: desde la primitiva civilización europea y asiática hasta nuestros días. En América alcanzó su más alto desarrollo en el Sur, en la relativamente poco conocida cultura de Colombia y en la magnificente altiplanicie peruana. Posiblemente, como un primitivo despliegue hacia el Norte, o también como resultado del comercio o de la emigración de las tribus, el arte de la metalurgia, complicado con el empleo de aleaciones de cobre y hasta de diferentes clases de oro, en una misma pieza, llegó a territorio de la América Central y se instaló en la parte occidental de Costa Rica, desde donde fué disminuyendo en importancia conforme avanzaba hacia las regiones occidentales, fuera ya de los límites de la república.

Los adornos de piedra verde constituyen además otro aspecto singular de la prehistoria de Costa Rica. Hechos de fluorita, talco, cuarzo y [illegible] n de jadeita (jade americano), estos ornamentos se encuentran en forma de collares, en figuras parecidas a las de oro, o como reproducciones en minatura de utensilios de uso doméstico cotidiano, tales como vasijas, hachas, cascabeles y aun máscaras ceremoniales. Las figuras de jade están talladas y pulidas con instrumentos de piedra y mediante el empleo de arena fina. A diferencia de los objetos de oro, los jades se encuentran concentrados en el Oeste, muy lejos de la América del Sur y hacia la región de la cultura mexicana, que se extendió hasta las cercanías de Nicaragua y más cerca aún de la misteriosa cultura Maya situada en la parte occidental de Centro América.

Pero no es sólo el hallazgo de pequeños objetos lo que hace interesante el pasado de Costa Rica. Rostros de piedra y figuras, máscaras con marcas individuales características, todos estos objetos cuidadosamente confeccionados, se encuentran esparcidos en la selva o enterrados en tumbas hechas de piedras alineadas, especialmente en el litoral del Caribe del país. Estos variados objetos expresan por sí mismos su empleo, ya son simples adornos o ya son ofrendas o representaciones ceremoniales.

En el Suroeste, sin embargo, aparece un elemento misterioso, tan notable y relevante en sí mismo, qué hace impenetrable su misterio por cuanto no ha habido hasta hoy una explicación satisfactoria de su presencia. Nos referimos a un conjunto de esferas de piedra, perfectamente talladas, o mejor dicho, bolas redondas de sólida roca, cuyas dimensiones varían entre cinco y siete pies de circunferencia. Y lo que es más asombroso aún, esas bolas se encuentran hacinadas en una extensa planicie, en una región en donde, a excepción de algunas rocas pequeñas del río, no hay piedras de gran magnitud en estado natural. A pesar de su tamaño y de su enorme peso no conocemos ningún relato de la época colonial o precolombina que se refiera a ellas y menos aún del objeto de las mismas. Cuando a los actuales indios de esas regiones se les interroga acerca de esas bolas de piedra simplemente se encogen de hombros y apáticamente responden: "A saber..."

Dejemos a los arqueólogos y a la meditación de los visionarios la explicación de este hecho prehistórico, tan desconocido y en parte inexplicable.

La conquista de España trajo a Costa Rica otros problemas y grandes conocimientos. Hubo un nuevo concepto de los valores y un tipo de civilización que no fué comprendido ni tampoco asimilado por los indígenas.

En cierto sentido parte de la tragedia de Costa Rica consistió en que los primeros colonizadores, que llegaron tras los conquistadores a trabajar las fincas en su propio beneficio (al igual de lo que aconteció a los padres peregrinos que poblaron Nueva Inglaterra) no tuvieron esclavos. No se hicieron ricos de un día para otro con el trabajo de los indios, como ocurrió en los grandes virreinatos de México, Guatemala y Perú. Las fabulosas minas de oro que en Costa Rica no existían, contribuyeron a crear esta situación. El español llegó a Costa Rica a sembrar su propia tierra, a vivir, a trabajar, en la misma forma en que lo hacía en sus solares de la Madre España. Y consigo trajo sus vacas y las carretas pintadas con que nos heredó. En el proceso de su afincamiento fué matando a los indios de las regiones altas en donde el clima templado les recordaba el de la Europa meridional. Y así los indios fueron desapareciendo hasta su total extinción en la Meseta Central. En rigor el colono adoptó un procedimiento de absorción que vino a terminar en la actualidad, procedimiento en mucho semejante a lo que sucedió en la historia de Nueva Inglaterra.

Con la desaparición de los indios en las regiones altas, desapareció también su cultura y desaparecieron sus artículos alimenticios. Es curioso, pero todos esos recursos alimenticios llamaron la atención de aquellos prominentes caudillos de la conquista, como Juan Vásquez de Coronado, el padre Juan Estrada Rávago y fray Agustín de Ceballos. El árbol del pimiento, el árbol cuyo fruto sirvió para aliviar jaquecas y dolores, desempeñando el papel de la aspirina de nuestros días; la hoja que se empleó como sal, cuando ésta no podía conseguirse y así como los anteriores, muchos otros recursos alimenticios desaparecieron, habiendo sido del conocimiento de aquellos colonizadores. La mayoría de los colonos no podía conseguir sus artículos alimenticios de España; la pimienta y en general las especias de las Indias Orientales sólo estaban al alcance de los potentados, reyes y nobles, y por lo tanto eran inasequibles para los pobres colonos.

Lejos de la Meseta Central, allá en la ardiente humedad de la costa y en las poco conocidas selvas del Sur y del Oeste, los indios fueron a plantar sus rancherías, precisamente en lugares en los que difícilmente pudieran penetrar los conquistadores. En efecto, hacia las postrimerías de la época colonial, pocas incursiones se hicieron en la región de Boruca, en donde se tejían preciosas mantas de púrpura propias para reyes o papas; ni en las serranías de Talamanca, donde la existencia de legendarias minas de esmeralda y de oro fué trasmitida de los labios de los padres a los oídos de los hijos.

Más adelante se hicieron pequeños esfuerzos para abandonar la Meseta Central y hasta los primitivos colonizadores, establecidos en el Suroeste de la Península de Nicoya, se fueron esparciendo hacia el Norte en busca del agradable clima de las alturas.

En verdad, fué más bien la Iglesia y los dispersos aventureros que andaban tras el oro, los que persistieron en el mantenimiento de sus posesiones en el Este. Cuando en los siglos XVII y XVIII, la bravía tribu de los Talamancas se levantó una vez más, después de que había sido vencida por la confusión de una conquista hecha mediante las armas de fuego, hasta entonces desconocidas del indio, y el terrible animal, el caballo, e incendió las misiones y los poblados de la región, asesinando a todos aquellos que no fuesen indios, ni la Iglesia ni el Estado se cuidaron de abstenerse de tan peligroso e innecesario intento de recolonización. Había muchas tierras por doquiera en el país, tierras de mejores climas, más planas y menos quebradas por montañas. Se fijaron en que Chirripó, el pico más alto de Costa Rica, el segundo en altitud en Centro América, de unos trece mil pies, se encuentra en el corazón de Ta-

lamanca. No. Había en otra parte tierras buenas con fácil acceso. El oro podía aún extraerse de los ríos que descienden hacia la costa y los pocos buscadores de minas pudieron seguir el camino de los aventureros, tierra adentro... No fué necesario arriesgar ni las vidas, ni la comodidad de la familia, ni la propia felicidad.

No obstante, fué necesario desquitarse, y al hacerlo, es curioso, el Estado inconscientemente copió el sistema iniciado en América por los poderosos Incas del Perú, en su época: arrancó al más turbulento de los pueblos rebeldes, los Térrabas, de su territorio ancestral, trasplantándolo hacia el Sureste, a la tierra de los indios Borucas. Los españoles trasladaron a Boruca a los Quepos y a los Cotos, forzando su colonización. Otros pueblos fueron asimismo trasplantados y puestos en condición de sometimiento. Algunos Bribri y Cabecares se establecieron al lado Sur de la cordillera de Talamanca desde donde, siglos atrás, sus antepasados descendieron belicosamente contra los más mansos Borucas de la región del Pacífico.

Muchos de esos grupos indígenas han desaparecido totalmente. El Huetar de las alturas, por ejemplo, fué completamente destruído por los primeros conquistadores. Los Chorotegas Mangues de la Península de Nicoya, cuyo conocimiento de la escritura jeroglífica y la posesión de libros de piel de venado asombró a los españoles, poniendo de manifiesto su ascendencia septentrional, aun se encuentran en estrechas y pequeñas agrupaciones en las cercanías de Nicoya. Perduran aún, pero sin su dialecto, sin sus tejidos, que tuvieron el aplauso de la crítica severa del historiador Oviedo y sin ningún rastro de su antigua grandeza.

A lo largo de los límites del Norte y del Oeste del país se encuentra todavía a los indios Guatusos. Son los descendientes de una antigua y extinta tributo de Corobicíes, con quienes convivieron los chorotegas y tienen el honor de ser los más viejos y auténticos habitantes de la región; descienden asimismo de los ahora extintos Votos (en cuya región se producía el árbol de pimienta tan codiciado por Coronado) quienes se gobernaban por principios femeninos y descienden, posiblemente, también de los extintos Suerres, que tuvieron en su poder las húmedas y fértiles tierras del Noroeste, convertidas actualmente en selvas, con algunos cultivos de cacao. Son los Guatusos pobres hasta la miseria; son un pueblo enfermo, temeroso, que siente horror por los extraños y que tiene un marcado sentimiento de esclavitud. A fines del siglo xix gentes de Nicaragua cruzaron la frontera del país y penetraron en la selva pantanosa de la región de los Guatusos para robar hombres y mujeres con el objeto de ponerlos a trabajar como esclavos en la recolección de hule silvestre, o para servir en Nicaragua en quehaceres domésticos.

Esta es la historia de gran parte de la población indígena de Costa Rica.

Sin embargo, hay un grupo de indios que en forma astuta fingen actitud estúpida cuando tratan con los blancos, que tienen un conocimiento del empleo de su ambiente, nacido de la experiencia del pasado y de la cultura de sus antecesores.

En Suroeste y en Noroeste, hemos mencionado a los Borucas, a los Térrabas, a los Bribris y Cabécares, entre cuyo grupo contamos los más primitivos Chirripós, cuyo territorio se encuentra aun más hacia el Norte y Oeste.

En las poblaciones de estos indígenas se habla su propia lengua, se cantan sus propias canciones y se repiten las mismas leyendas. Las tribus del lado del Caribe y las de los bosques de Talamanca sobresalen en la fabricación de sacos de fibra, tejidos cuidadosamente con los dedos y teñidos con hojas o con cortezas silvestres. En las hierbas y cortezas de sus montañas encuentran un casi efectivo antídoto contra la mordedura de las terribles serpientes cascabeles mudas. Son estas tribus las que aún proporcionan temas inapreciables a los estudiantes de la vida precolombina. En la actualidad conservan la tela hecha de corteza, los curanderos, que viven en ranchos circulares, las tribus y sus cementerios segundarios y las increíbles costumbres de su pasado.

Pero el más sobresaliente y en cierto modo, el más útil de todos estos pueblos del *Sur*, es el grupo unido de los Borucas. La cultura sigue siempre determinados caminos; son solamente ciertos rumbos los que la mente humana puede revelar. Mientras los científicos modernos han estado buscando ansiosamente métodos para mejorar la industria textil, por ejemplo, y a través de complicados vericuetos de investigaciones químicas han obtenido botánicamente algodones de colores, los Borucas del Sureste de Costa Rica han venido cultivando cuidadosamente un algodón moreno, así como sus lejanos parientes del Sur, en el Ecuador y en el Perú, produjeron el ya olvidado algodón verde y azul.

En el mundo entero sólo hay tres lugares donde la trama del tejido no deja que el dibujo pase notablemente al reverso de la tela. De esos tres lugares que son Perú, Ecuador y Costa Rica, sólo en el Oriente del Ecuador y entre los Borucas de Costa Rica se practica en la actualidad este complicado arte. El famoso tinte púrpura que se obtiene de un molusco conocido científicamente por Tahis Heamastoma Linnie, aún se aprovecha. Los Borucas, con un interesante sentido de conservación, que no poseen la mayoría de los pueblos, no destruyen el molusco del tinte, como lo hicieron por ejemplo los indios de Tehuantepec en México, en donde ese tinte era conocido. Los Borucas invierten la concha para vaciarle el agua y, después, la soplan. Esto irrita al animalito que lanza contra su enemigo un líquido, el cual biológicamente se supone que está destinado a anestesiarlo. El indio, por supuesto, se protege y coloca su ovillo de algodón en las valvas abiertas de la concha. El líquido verdoso lanzado por el animalito en suficiente cantidad empapa la fibra y después, al secarse toma el bello color púrpura; de este modo el molusco continúa viviendo para seguir prestando servicio valioso a su dueño cuando éste lo vuelva a necesitar.

Durante la guerra escaseó la quinina y los soldados mal acostumbrados a las condiciones climatéricas del trópica sufrieron y murieron de fiebre; es interesante hacer notar que los Borucas, a pesar de hacer visitas de vez en cuando a la costa, no necesitan la quinina. Puede ser que esto se deba a un árbol que científicamente se conoce con el nombre de Cedron Planche. El jugo de la fruta de este árbol, cocido, sirve para bajar calenturas y a veces para quitarlas. La dieta misma de los Borucas tiene cierto interés general: consiste principalmente en las frondas esporangias de los helechos, la inflorescencia de las palmas y las flores de los árboles, además de otras plantas silvestres. En tales fuentes consigue muchas vitaminas y se cura ciertas enfermedades tales como molestias del corazón y la presión alta de la sangre.

Con justa razón, pues, el Gobierno de Costa Rica ha fijado su atención en estas poco conocidas tribus del Sur este y Noreste del país.

Se tiene un programa educativo que está en proceso de desarrollo: este programa se basa en la agricultura y en el resurgimiento de las artes indígenas. Este programa quitará el peso de por lo menos tres mil individuos de la Meseta Central. Por la primera vez se combinarán las ciencias prácticas de los blancos, en cuanto a salud y métodos sanitarios, la agricultura moderna y sus cultivos, con lo mejor de la vieja cultura indígena y con ello, renacerá el estímulo entre uno de los más grandes grupos de valientes trabajadores y, al mismo tiempo, contribuirá esa vieja cultura con nuevos conocimientos en las artes estéticas y medicinales.

San José, Costa Rica, octubre de 1947.

# CANTO AL MAESTRO RURAL

Por *Jesualdo.*

(Atención de Imprenta *Letras,* Editorial, al Congreso Nacional de Maestros sobre Escuela Rural).

*Leído en el acto de clausura del Congreso N. de Maestros sobre Escuela Rural, en el Ateneo de Montevideo, el 8 de Julio de 1944.*

## TE VI...

Nadie me diga que no estás siempre presente,
o que oculto vives, o que ignoras
un solo paralelo hacia la soledad.
Nadie. Te vi desde un rasgado mediodía del trópico
hasta el inmenso páramo polar
en donde la noche empieza abismo adentro:
enterrado en la nieve en el boscoso Canadá;
con anteojos de mirada azul, y cabello de lino,
curtido el rostro joven en aquellas *little school*
del lejano Far West, te vi; y en toda la arrugada
geografía azteca eras el guía, el conductor:
transformador de tierras infecundas en cosecha abundante,
amo del saber, qué poco era, y era todo, ¡y cuánto era!
Paisano de los yaquis y los tarahumaras,
zapoteco en el Istmo, otomí en el Mezquital te vi.
Y eras la luz, de noche; y en el día, bajo tu sol,
la detenida grey oscura recomenzaba a andar...
Y en la erizada espina dorsal de esa América Central,
esquilmada y presa, aherrojada en las tantas islas-penal,
eras el indio austero en Guatemala, Honduras,
Nicaragua y Salvador: eras la voz más fina
en Costa Rica; eras el negro libertado del dogal, en Cuba;
y a medio libertar en Panamá, en Haití, en el Caribe
entero, eras quien abría los brazos y abarcaba
de mar a mar...
Te vi llanero en Venezuela y en Colombia;
montuviano en el Ecuador; inca meditabundo en el Perú,
como aquel amigo Cajahuaringa Inga, de Huarachiri;
místico en el Warisata del altiplano; pudriéndote
en la cárcel, en el Paraguay; ejercicio ceñido
y universal, en Chile, desde las salitreras hasta
el collar de las islas austral; alta palabra, solidario,
en toda esa Argentina del interior; duro en la Patagonia,
brazo de ejecución y melodía de vientos sin cadenas;
y aquí mismo te vi empalando tu idea, en el linde
de un sueño y una espera, clamante y trémulo, ahogado,
y con el rostro oscuro de llevar como dormida,
una antigua razón...

## ¿QUIEN ERES?

¿Quién eres?, preguntan, ¿quién eres? Sí, ¿quién eres?
Cuando le vieron, muchos se dijeron:
—Ahí viene el San Francisco de la escuela rural;
trae como una cruz y una triste sonrisa;
viene con su ventura a la salud del agro,
y a la imagen serena, ese como dorado campo,
que duerme en el ojo del buey; habla lengua fraterna
a todos los elementos, ahí viene, miradlo, ¡miradlo!
viene el San Francisco de la escuela rural...
—No. Este que llega con paso de ciudad, viene a descansar.
Busca un sol madrugador, serrano; un aire de sonido
y mariposas; un árbol y una abeja; una bestia mansa
y un reposado cauce: busca esa misma espera,
que allí, sentada y vieja, le esperaba...
—Tampoco. Ese que llega tal vez no sepa nada o sepa todo.
Tal vez traiga un mensaje de otros hombres lejanos;
traiga un siglo de heridas y de grietas, de deseos,
de penas o de luchas; ese que llega, como en aquel
cuento oriental, trae el puño cerrado. ¡Cuidado!
No le abráis la mano, que en ella vienen juntos
todos los vientos de la tempestad cercana...

## ¿QUIEN SOY?

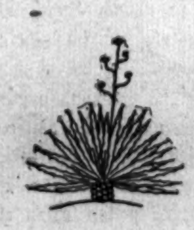
Yo vengo de la propia entraña de la tierra apretada.
Traigo de sol el pecho; de luna mi silencio habitual
y esta piel opaca que a mi cuerpo recubre y le da
como a una caja antigua, latido y ritmo y corazón sonoro!
Mi rostro es el perfil de uno y mil, anónimo perfil.
Mi fuerza no está en lo que a gritos digo, sino en el hondo
manantial que callo. Y cuando ves que me desgarro entero
es porque mi recio corazón en llama interna ardiendo
aprisionado, sin pudor ha puesto primarios sentimientos
en medio de la mano y llora en ella: ahí tenéis lo que soy.
¡Si no os basta mi rostro, también el corazón danza en la mano!

## QUE QUIERO

Un día me dijeron los libros, historias que yo ahora cuento
casi avergonzado: que el saber era indiviso, uno;
el pan era consigna del hermano; el lecho, la mitad
de la jornada comenzada; que la razón sedienta iba hacia
la justa luz, y la boca cautiva, un día, seguramente
empezaría a cantar... ¡Cuéntame la verdad!
Mas la corta materia enceguecía el hambre: ni el pan
se dividía, ni el lecho era distancia recorrida
ni la vida, viaje hacia praderas tan sencillas,
ni la luz cercana estaba, ni los hombres cedían,
ni una santa justicia, sin espada, nuestros cuerpos recorría.
¡Cuéntame la verdad! Todo fué lejano, inalcanzable,
sed y tierra escapados de las manos como pájaros;
polvo que quedaba en las arrugas, caminos sin victoria
en nuestros ojos, y toda aquella historia, ¡tan bonita!
era mentira... Cuéntame, entonces, tu verdad futura!

## POR ESO ES QUE TE ESPERO...

Si de un alba me dijeran que vendrías a pie,
por los senderos, abriéndote en marañas de peleas,
yo sé que te esperaba y tú venías;
porque eres del metal de mi sustancia; porque mi pan
adviertes y compartes; porque has estado desgarrando
la niebla enfurecida de los menos, con tu cuchilla
de pensamiento exacto, de medidas prudentes y tenaces
palabras; porque en los sordos días, mascando la verdad
que te haga falta yo sé que te he de ver en tu salud.
Por eso es que te espero, maestro de los agros
y los bueyes; de los vientos, insectos y sudores;
de las lluvias, los trigos y cosechas; de los hechos
esenciales, sin demora; de las mentes sin abrir que allá
te esperan; de los niños sin jueces ni mentores,
y de esa historia cierta sin cumplir.
Por eso es que te espero, y en ti creo, carne y sangre
de la rosa que en el mundo ya florece.
Por eso y porque tienes del propio niño el ángel
que no duerme, que vigila. Vélalo despierto, compañero.
Que en todo caso, si se duerme, ha de ser porque a la tierra
velará el de todos, un ángel
que no duerme todavía;
un ángel pobre y mártir, de cárcel coronado casi siempre,
un ángel que se llama Camarada!



# LA MUJER DE PIEDRA

Por *Alberto Velázquez.*

(*Envío del autor*, en la ciudad de Guatemala).

*"Creo en mi corazón, siempre vertido, pero nunca vaciado"*.—Gabriela Mistral.

Dices, doliente hermana, que te duele en carne viva el haber dado tanto amor para no recibir ninguna recompensa amorosa.

Y después de que tu lámpara ha estado encendida frente a un larario vacío, quieres apagarla e irte lejos, hacia un país extraño, llevando a cuestas tu hambre y tu sed y la biografía de tu corazón.

No la apagues, criatura ciega, no la apagues... Antes bien, aliméntala del nuevo aceite de la defraudación de tu alma para que su llama resurja más viva y luminosa. Apagarla sería obedecer el mandato del olvido y la muerte.

Ya no será tal vez para el dios desaprensivo que ha jugado con tu culto y ha estirado tu fe hasta hacerla pedazos. Mas puede ser para otro dios que busque, sin veleidad, lumbre y asilo. ¿Sabes, acaso, si desde el mar de su desolación no divisa ya tu faro providente?

Nunca te arrepientas de lo que hayas dado, hermana mía. Quien da, sólo transfiere el bien de que es depositario y no dueño. No seas como aquel que después de hacer balance comprende que ha perdido el tiempo en un mal negocio. Ni la rosa se arrepiente de su fragancia, ni la estrella de su luz. ¿Y qué reciben en cambio?

¿Quién dice que el tiempo se pierde? ¿Quién que el negocio del amor es malo? Quien lo diga ignora el telar en donde se urden los velos del destino. No ve el huso incesante, ni advierte el rumor de las lanzaderas que, sin fatiga ni tregua, traman la tela de la eternidad.

En esas horas al parecer banales en que el tiempo finge dormir un sopor de huelga, enroscado en el ocio como un perro a los pies del amo, el fruto madura en la rama, las estrellas giran sobre su órbita y los designios supremos pasan del agraz a la sazón bajo la miope mirada del hastío.

El corazón no es mercader que aguarda al parroquiano en su tienda de toma y daca. Es un incensario agradecido de sus brasas. Una alquitara gozosa de su licor. Y lo que da el corazón no se cotiza en ninguna bolsa del mundo. El amor es imponderable y divino. No se atesora, fluye en oblación perenne.

La vida del espíritu no es más que un ejercicio de entrega. Tienes que darlo todo, aun a través del burlador que dilapida. Acaso la burla sólo sea una sirte que el dios que venía a rescatarte no pudo sortear. Tal vez desde la otra orilla, cautivo o maltrecho, te haga señales que no alcanzas a ver, o un llamado cuyo eco no llega a tus oídos.

Si lo que has recibido a cambio de la pureza de tu devoción se reduce a una columna de humo o a un puñado de cenizas, acéptalo como vendimia de tu viñedo. De todas maneras, esa cosa mísera y vana te enriquecerá algún día como un bono que en alguna parte tiene pingüe liquidación.

No apagues tu lámpara ni te vuelvas atrás, que sería abolir el faro y desandar el camino de la intención. Que tus ojos sigan contemplando el horizonte que tienen por delante. El milagro siempre está por venir, y un alba de oro lo traerá sobre sus hombros. El tiempo transcurrido en el reloj de arena es un ciclo del alma, que unió sus dos puntas y se disipó para siempre como el anillo de humo que sale de boca del fumador.

No veas atrás, hermana inquieta. La mirada está en el rostro y no en la espalda. Y el rostro va recibiendo la bendita escarcha del azar, y la mirada escrutando las rutas en donde ejerce atracción el imán de lo desconocido. La vida es una revelación perpetua. No veas hacia atrás, que por hacerlo, una mujer de la prehistoria se volvió estatua de sal y quedóse para siempre inmóvil en el yermo.

Prefiere ser como aquella criatura del amor en la lámpara encendida, que nació para esperar al Anunciado, y de tanto esperarlo a la orilla del mar se volvió de piedra. ¿Conoces la leyenda de este heroísmo de amor? Una mujer alucinada por el fuego de su pasión se convirtió en figura empedernida sobre el plinto de la esperanza. Y pasaron los días, y los años, y los siglos. Y la mujer de piedra vertía sobre las olas estupefactas la luz de un luminar constantemente nutrido del aceite de todas las humanas amarguras.

Las aves más antiguas y más solas del mundo venían a posarse sobre los hombros de la sublime Esperadora. Su manto recibió pátina tras pátina de la intemperie de las edades. Y la mujer de piedra cantaba dulcemente a la hora del alba, y acerbamente gemía a la hora de la oración. Pero su lámpara nunca amortiguó el reflejo, porque jamás se desagotan los pozos del dolor.

Y sucedió que un día hizo su aparación en esquife de fuego el Esperado: un dios que estuvo mil años prisionero entre las mallas del hechizo. Mas como aun para los conjuros de la magia hay un plazo que al fin se cumple, el dios encantado retornó a su prístina forma, y a la vida, y a sus leyes vehementes. Y acordóse con ilusión de *aquella* que esperaba su arribo en una playa iluminada. Y se aprestó a acudir a su reclamo milenario. Y halló a una mujer de piedra dando lumbre al viejo mar desde el plinto de la esperanza.

Y entonces aquel dios lloró copiosamente sobre el hombro de la mujer de piedra. Lloró cuarenta días y cuarenta noches todas las lágrimas que los desesperados de la tierra jamás pudieron verter. Y al influjo de aquel llanto infinito la estatua se fué restituyendo a su original naturaleza. Y la sonrisa volvió a florecer en los labios de la criatura de carne y hueso, y los destellos del amor retornaron a sus ojos sombríos.

Y entonces, hermana mía, no lejos de los tumultos marinos tuvo lugar el idilio más excelso de todas las edades, más dilatado que la vida de los efímeros mortales. Y la alegría y la tristeza se amalgamaron en la linde de una jovial conciliación. Y la risa y el llanto se confundieron en un solo cáliz como elíxir de dioses. Y en el orbe entero una luz nueva vino a dar un sentido más glorioso a los seres y a las cosas porque el corazón de una mujer supo perpetuar su esperanza por cima del olvido y de la muerte.



---

# NOTICIA DE LIBROS

*Indice y registro de los impresos que nos remiten los autores, las Casas editoras y los Centros de Cultura.*

¿Los libros que nos llegan? Son tantos... Poco a poco hemos de ir dando cuenta de ellos, con interés, con deseo de servir a los que nos honran y complacen con sus envíos.

Señalemos la Editorial AMERICALEE, de Buenos Aires. Saca muy buenos libros. Un ejemplo:

C. A. Sainte-Beuve: *Proudhon*, su vida y su correspondencia. Traducción castellana por Roberto Bixio.

(...algunos aspectos de la personalidad extraordinaria del hombre y del pensador que era Proudhon, filósofo y sociólogo dinámico; sus intuiciones geniales).

---

Fijarse en este nombre: Magdalena Mondragón, escritora de México. Hemos recibido esta novela suya:

*Más allá existe la tierra*. Editorial Cortés México. 1947.

Es un mensaje de la patria mexicana. Patricia Cox nos dice por carta, de los libros de Magdalena Mondragón: "...pues creo que muy poco de lo que se ha escrito aquí, tiene ese profundo sabor mexicano de la gente nuestra, de los pobres, de los siempre olvidados". De Magdalena nos dice: "Siento en ella una gran figura, fuerza creadora a la vez de una honda ternura femenina que es muy difícil conseguir".

Nos regocija, pues, anunciar en esta página este nombre: Magdalena Mondragón. De ella seguiremos hablando.

Otra novela suya: *Yo, como pobre...* México. 1944.

---

Como envío de la Sociedad Colombista Panamericana de La Habana; mejor dicho: de la Hemeroteca Pública Americana Colón:

Aristides Sosa de Quesada: *Cuba está presente*. La Habana. 1944.

Son discursos.

("En esta obra encontramos la misma línea de entusiasmo y de fervorosa responsabilidad por la salvación de la República, por la unidad americana y por la mejor suerte de la cultura").

Juan Antonio Solari: *Socialismo y Demagogia*. Etapas de la crisis moral y política argentina. Editorial La Vanguardia. Bs. Aires.

Atención del autor. Señas: Azcuénaga, 227. Buenos Aires. República Argentina.

---

Envío del autor:

Enrique Popolizio: *Alberdi*. Editorial Losada, Buenos Aires, 1946.

(Este libro podría titularse *Juan Bautista Alberdi íntimo*. "Yo he querido que mi *Alberdi* sea la biografía de un hombre, no de una estatua").

---

Estos poemas de Gilberto González Contreras:

*Ausencia pura*. México, D. F. 1946.

Le han nacido al autor, estos poemas, a conciencia.

---

Alice Lardé: *Mi América*. (Odisea de un colegial salvadoreño a través de Centro y Sud América).

Muy buena doctrina docente informa este libro: incorporar la Poesía a la Enseñanza. Exponente cabal de esta doctrina aplicada a la enseñanza de la Geografía es este libro. Lo recomendamos a los maestros en las escuelas.

Atención, tan sentida, de la autora, y cómo se la agradecemos.

Con Alicia Lardé le Venturino: Casilla 154. Oruro. Rep. de Bolivia.

Otras señas de Alicia Lardé: Sociedad Científica de Chile. Bellavista 0169. Santiago de Chile.

---

Fijarse en esta obra:

*Breve Historia de la Pintura Española*, por Enrique Lafuente Ferrari. 3ra. edición refundida y ampliada. Editorial Dossat, S. A. Madrid. 1946.

---

En las lindas Ediciones de la Sociedad de Escritores de Chile. Verano de 1947:

Carlos Préndez Saldías: *27 mujeres de mi vida*.

Muy personal, interesante; confesiones de un poeta de Chile ya conocido.

---

Por la Editorial Ayacucho, de Buenos Aires, esta novela india: *Altiplano*. El autor: Raúl Botelho Gosalvez.

(...sobresale este trabajo por su auténtico sabor vernacular y el valiente alegato social que su tema implica).

(Bolivia y su gente: cabal conocimiento de la psicología del indio boliviano).

Nos llega esta novela por medio de nuestro amigo y colaborador Luis Terán Gómez, en La Paz. Bolivia. Señas: Amazonas 84.

---

Con la mexicana Josefina Zendejas, a quien mucho apreciamos como educadora y como escritora, alma amorosa del niño mexicano en sus libros y con un modo tan suyo, tan lindo, de decir las cosas. Señalemos su nombre. Estos son libritos suyos:

*Es mi sangre* (Lecturas para jóvenes). México. 1940.

(Esto no es un libro, sino un balbuceo al oído de la tierra).

*Lecturas espirituales*. México, D. F., 1945.

("Sobre la tapia que alzó el albañil, el Señor puso corona de rosas y heliotropos).

---

Envío de la Empresa Editora ZIG-ZAG, S. A., en Santiago de Chile:

Curtis E. Calder: *Tres Ensayos*. Traducción al español por Eduardo Salazar.

Dice el estimado traductor: "Por esto he creído que la oportunidad de esta traducción es inaplazable y me he empeñado porque los hombres de habla española, los que conocen los problemas de la sociología, los que anhelan el bienestar económico de la América y los dirigentes políticos de nuestros países, tengan a la mano esta especie de prontuario de las posibilidades de la América, que les ha de mostrar, con entera verdad, lo que puede ser una meta de justas aspiraciones.



---

Otro gran libro en los editados por la Editorial AMERICALEE de Buenos Aires:

Pedro Kropotkine: *Origen y evolución de la moral*. Traducción directa del ruso por Nicolás Tasin.

(Se trata de una concepción ética basada en la ayuda mutua, en la justicia, en el espíritu de abnegación y sacrificio).

Recomendamos esta obra.

---

Este folleto de Mr. Lewis Hanke, "with the compliments of the *American Council of Learned Societies*" (1219 Sixteenth Street, N. W., Washington, D. C.):

*The development of Latin-American Studies in the United States*, 1939-1945.

Artículo de información y consulta, interesante.

---

Señalemos este libro del Dr. Ramón Insúa Rodríguez, catedrático de la Universidad de Guayaquil:

*Historia de la Filosofía en Hispanoamérica*. Guayaquil. 1945.

("Al escribir esta Historia resolvimos estudiar sólo los pensadores ya fallecidos"-.

---

Atención de un autor peruano muy apreciado: Fidel A. Zárate. Estos versos: *Cussi-Coyllur* (Estrella de la alegría). Lima. Perú. 1945. Todo está muy bien, pero hemos saboreado más los *Romances quechuas*.

Con el autor: Edificio Rímac 123. Lima.

---

Estas "prosas poemáticas" de Benedicto Chuaqui, árabe en Santiago de Chile:

*La eternidad contigo*. Santiago de Chile. 1947.

"Yo nací especulando, amigos míos".

"Y aquel culto asombroso, de nosotros, los árabes, tan sexual y tan fúnebre,..."

"Hay en él (en Chuaqui), sin duda, un poeta de convicción y de índole, y la actitud de un buscador de estilo".

---

Un poeta de Cartago, en Costa Rica, entona sus canciones en este librito, sencillo, humilde: *Sonambulerías*, por José Saturnino Rojas. San José, Costa Rica. 1945.

Hay que fijarse en José Saturnino Rojas; su inspiración es sana, grata. Dice las cosas bien. Siente y reflexiona y alecciona.

---

En la séptima serie de los *Cuadernos de Cultura*, ejemplares, que edita la Dirección de Cultura del Ministerio de Educación, en La Habana:

José Martí: *Ideario separatista*. Recopilación y prólogo por Félix Lisazo. Todo dentro de un plan de estudio y provecho.

---

Del excelente amigo don Juan Raggio, en Buenos Aires, hemos recibido esta obra famosa:

J. M. Guyau: *La irreligión del porvenir*. Editorial Tupac. Buenos Aires. Trad. castellana de J. L. Gutiérrez.

En la Colección Universal de Estudios Sociales. Edición esmerada.

# UN GRAN FILOSOFO Y HUMANISTA CHILENO

Por *J. Conangla Fontanilles.*

(En el *Rep. Amer.*)

La Editorial *Nascimento* de Santiago de Chile acaba de publicar, en segunda edición, uno de los libros más excelentes de que pueda gloriarse el pensamiento latino-americano: Se titula *De lo Espiritual en la Vida Humana,* y es original del sabio filósofo y sociólogo Enrique Molina, Rector de la Universidad de Concepción, autor de una veintena de obras que le han conquistado la más alta categoría junto a los pensadores pretéritos y actuales de justo renombre en América.

La vigorosa y concienzuda personalidad intelectual del doctor Molina se revela en cada una de sus producciones. En todas se hallan, exquisitamente ponderados, el talento, la justeza de comprensión y la aguda intuición con que el lúcido filósofo y humanista chileno sabe enfocar, examinar, considerar y deducir atinadas lecciones sobre los complejos temas escogidos para sus estudios.

La simple enunciación de las obras de Enrique Molina señala ya las profundas inquietudes del insigne pensador, en busca del sentido más hondo, puro y trascendente de los problemas que mayor relación tienen u ofrecen con los misterios de la vida. Por ejemplo: *La Filosofía de Bergson, Por los Valores Espirituales, Proyecciones de la Intuición, La Herencia Moral de la Filosofía Griega.*

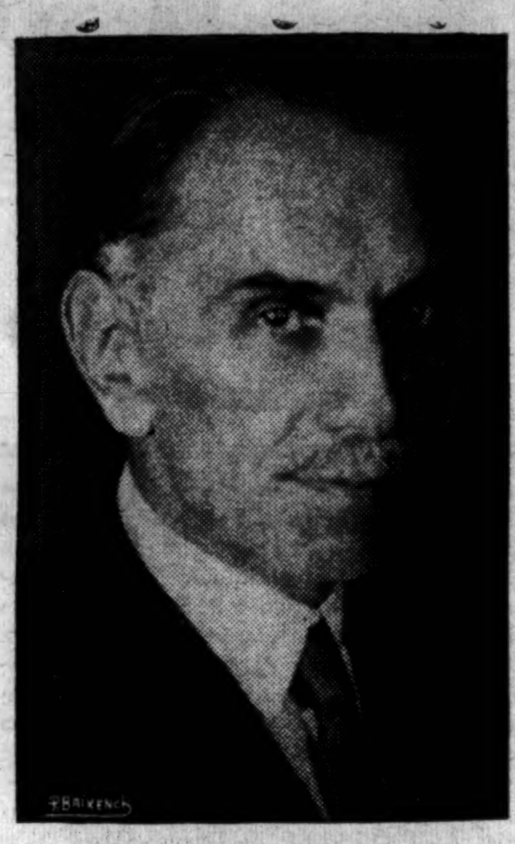
Pero donde las potencias filosóficas del Dr. Molina brillan con mayor intensidad es en *De lo Espiritual en la Vida Humana.* Las facultades creadoras del autor: certera perspicacia mental, insuperable claridad y elegancia de estilo, se enlazan y armonizan con acierto tan delicioso, en las páginas de esa obra, que la convierten en una bellísima producción literaria, además de responder plenamente a lo que el autor se propuso al escribirla: una defensa vibrante, entusiasta, de los principios espirituales y del humanismo integral, frente a las cuestiones turbulentas del mundo material y económico.

Comienza por revisar y estudiar el sentido de la vida humana, no en cuanto a las funciones meramente fisiológicas, sino como ejercicio de la razón o de la actividad creadora, productos del enigma espiritual y de su derivante complementaria, igualmente misteriosa y maravillosa: la conciencia.

Discurre luego en torno a estas realidades subjetivas, con encantadora sencillez, con observaciones y argumentos asequibles a todo lector inteligente. Y lo mismo al exponer el proceso epistológico, como al definir las diversas teorías de los más famosos pensadores de todos los tiempos conocidos, sobre los problemas esenciales de la vida y de la evolución en el orden espiritual, lo hace de manera ajustada y convincente, sin incurrir jamás en alardes innecesarios de erudición ni de polémica, sin valerse tampoco de lucubraciones abstrusas (recurso socorrido de simuladores presuntuosos y de simples cocteleros de opiniones ajenas).

Por deducción juiciosa y serena de su austeridad mental, Molina no se deja influir por ninguna interpretación de supuesta verdad dogmática o absoluta, en el orden filosófico ni en cualquier terreno de los dominios intelectuales. Cumple su noble afán con propio esfuerzo y con responsabilidad propias, consciente de las limitaciones relativistas inseparables de todo estudio sobre cualquier preocupación del espíritu.

Pero si de sobra conoce que la caducidad amenaza las creaciones humanas, también está convencido que de éstas, entre las mejores, va quedando una esencia: la cultura; y que a todo espíritu anheloso le corresponde el deber de "examinar si en el decurso de los siglos hemos de hallar un progreso o no, y sustraer de la turbia corriente los valores que más convengan a un mejor destino".



*Enrique Molina*

En la observación anterior enlaza Molina el juicio que le merece el tema del Progreso, y la función elevada que a este concepto le asigna, siempre que no se le quiera mantener exclusivamente "en el plano social y político, donde tanto se ha abusado de él y se le ha vulgarizado; sino a condición de mirarlo como uno de los modos por donde el hombre llega a la realización de su vida espiritual", mediante el reconocimiento de valores tradicionales.

Y aun amplía su convicción ideal sobre el Progreso, después de confrontarla con pareceres optimistas y pesimistas de grandes pensadores, aclarando luminosamente dónde, a su entender, radica el más apreciable valor del progreso, ya se trate de invenciones, de adelantos materiales o de ideas novísimas. Es menester, declara, que esa invención, ese adelanto material o técnico, esa idea nueva, "sirvan para el bien, que sus aplicaciones tengan valor moral y social", o sea que contribuyan al mejoramiento de las relaciones entre los hombres, objetivo muy difícil de lograr sin el perfeccionamiento de las almas y el aumento de poder humano y humanitario, en el conocimiento y dominio de la naturaleza.

No repudia Molina, sin embargo, los factores económicos, en la vida humana, y hasta coloca las necesidades de esta clase, entre las primeras; pero niega que sean las únicas, en oposición a lo que pretenden los fanáticos del determinismo marxista. A lo más, estos factores no pasan de ser y de servir tan sólo como medios para la persecución, obtención y satisfacción de ideas, propósitos o fines netamente espirituales.

¿Cómo no convencerse, viene a decir, de que no hay para el hombre objetivo más cimero que el de inspirarse en los dictados de la bondad, del amor y de la justicia, que hacen llevadera la vida común? ¿Cómo no convencerse de que las discrepancias de cualquiera especie deben apartarse para no perturbar el ejercicio de esas normas a la vez positivas y sagradas? He aquí por qué en el cultivo de estos ideales, a juicio de Molina, y a la propagación apostólica de los mismos, en todos los grupos y colectividades humanas, debiera orientarse la función educativa, animadora de todo progreso genuino.

Cuanto antecede resume, a grandes rasgos, los primeros capítulos de la apasionante apología *De lo Espiritual en la Vida Humana.* Pero con ser tan sugestiva la primera parte, aumenta en la segunda su interés y ofrece motivos, a menudo, de que se exalten el entusiasmo, la simpatía, la gratitud y la admiración del lector, por las consoladoras enseñanzas y el estimulante optimismo que de esas páginas emergen.

---

Entra de lleno en el estudio del espíritu, y se pregunta: "¿Qué es el espíritu? ¿Una sustancia, una causa, una función, una nueva palabra acaso, o una consecuencia sin sustancia de las actividades de la vida?" Las principales formas, inciertas y positivas a través de las cuales se revela *ese personaje ubicuo del drama universal,* son captadas y descritas exactamente por la visión intuitiva y por la palabra fluida del autor.

Paso a paso, el examen de los diversos sentidos que por los filósofos o por el vulgo se asigna a la palabra *espíritu,* le sirven a Enrique Molina para esclarecer más y más el vago contorno de esa fuerza o sustancia imprecisa, "aliento de los vivos y el ánima de los muertos". Por algo, observa, espíritu y alma son expresiones sinónimas, en gran parte de su significado.

Pero al margen de especulaciones metafísicas, con percepción filosófica tan sutil como genial, descubre Molina en qué consiste la diferencia probable entre *espíritu* y *alma.* Por ello, sencillamente, opina que *es más propio referir las cosas de la inteligencia al espíritu; y las de los sentimientos, al alma.* ¿Pueden ofrecerse explicación y definición más inspiradas y luminosas, de ambas locuciones, tan a menudo usadas y confundidas como sinónimas?

Justifica, además, su aguda opinión, con estas observaciones complementarias, bien convincentes: "Así cabe decir: *lo siento con toda el alma,* y no sonaría bien *lo siento con todo el espíritu.* Y al revés, se puede hablar del espíritu de fineza, espíritu de sutileza; y resultaría casi un despropósito referirse a una alma de sutileza". Aun cuando hay casos, agrega, en que no cabe hacer la distinción: como cuando se habla, con igualdad de sentido, de alma divina y de espíritu divino.

Con engarce de exquisitas especulaciones, entra Molina en pleno estudio de las teorías y doctrinas concernientes al espiritualismo, a partir de la concepción védica de un espíritu universal, único, incorruptible y eterno, del cual las almas humanas no serían más que múltiples chispas de la misma esencia. Relaciona aquella concepción ontológica, índica o brahmánica, con derivaciones más o menos congruentes de sistemas filosóficos sucesivos.

Estudia luego las diferencias más notables que ofrecen entre sí las opiniones respectivas de los grandes filósofos antiguos y modernos, sobre el tema espiritualista; sobre el entronque de éste con las teorías del neointuicionismo. Y adentrándose cada vez más resueltamente en el fondo de su propósito, discurre con amplitud y con maestría insuperable, acerca de las relaciones vitales entre lo material y lo espiritual; en

# ¿Y MATEO ALEMAN?

(*Envío del autor*, en San José de Costa Rica).

Hasta después de muerto, hay quien tiene mala suerte. No es bastante que durante la peregrinación por este cautiverio, el destino maltrate a uno: hasta después de la tumba ha de durar la dureza del sino.

Cervantes hubo de padecer la malquerencia de aquellos que la suerte había colocado en un lugar encumbrado, al cual no permitían que él llegara; pero pudo, con el tiempo, lograr posiciones que aquéllos jamás habían imaginado. Mateo Alemán, hasta al nacer, tuvo cierta desgracia: hacerlo un mes antes que Cervantes. El mundo ha rendido pleitesía a éste, y bien pocos se han acordado de que en septiembre pasado se cumplieron cuatrocientos años de haber nacido el autor de *Guzmán de Alfarache*. Y, a fe, que bien merece que allá y acá se le recuerde. Su espíritu inquieto mal podía acomodarse en aquel ambiente de decadencia en que vivió. Erasmista, había de romper con muchas trabas consideradas insalvables por aquella mojigatería del siglo XVI.

La índole de su obra cumbre tal vez haya apartado de ella el interés del lector corriente; pero los que buscan deleites espirituales de rara obtención, en cambio, saborean, al leerla, goces que ahora se hacen difíciles de lograr. No hay duda que el *Lazarillo* fué más popular, más leído, pues el pícaro no se aparta de su papel; pero Alemán bien intenta hacer obrar a su *Guzmán* también como simple pícaro, pero no puede: más que relatos de la picaresca española, son, con mucha frecuencia, disertaciones filosóficas. La que escribe sobre la honra, es una muestra. Y téngase presente cómo se abusaba, en el teatro de aquel siglo, del motivo sexual como complejo del honor.

Es inconcebible que aquellos autores con hábito sacerdotal, hasta el mismo Calderón, que tánta facilidad tenía en la exposición de temas de alta filosofía, escribieran hasta fastidiar, a base de lo erótico, fácil y bien poco interesante. Pero, desde la alta clerecía hasta la nobleza del dinero, y del arriero al posadero, todos se embelesaban con las intrigas de la alcahuetería, y los desplantes de las villanas ante los embates de los deseos del comendador. Y el mismo Lope, aquel Lopillo que se portó como tal con el pobre Cervantes, nos hubiera podido legar obras de fondo; pero se concreta, también, en hacer equilibrios alrededor del mismo tema.




*Mateo Alemán*

Mateo Alemán, como su compañero de cárcel en Sevilla, no quieren "hablar al vulgo en necio para darle gusto", sino que consideran la pluma como lanza que hay que esgrimir para elevar la conciencia y, con ella la decencia y la mutua consideración. Y, por esto fracasan. Como fracasó aquel otro, también tan mal tratado, y que dió obras como *La Verdad Sospechosa*. Eran superiores a su medio y, por consiguiente, resultaba imposible el triunfar, y esto que, según el elogio que el alférez Luis de Valdés escribió con motivo de la aparición de la verdadera segunda parte del *Guzmán*, "dejó de su voluntad la casa real, donde sirvió casi veinte años, los mejores de su edad..." Sin embargo, su obra fué recibida con beneplácito por el mundo pensante. El mismo Luis de Valdés nos dice que: "en muy breve tiempo se editaron cincuenta mil ejemplares y se imprimieron veintiséis ediciones..." La Universidad de Salamanca lo consideraba como el príncipe de la elocuencia, por haber escrito con tanta soltura y elegancia.

Larga es la narración; pero hecha con gracia, como buen sevillano que era. Hasta la leyenda de Osmín y Daraja se lee con gusto como si hoy hubiera sido escrita. Pocos han logrado, entre los de su tiempo, interesar desde el principio.

Aquel Mateo Luján, como el mal encubierto Avellaneda, tuvieron con su villanía, al robar la paternidad de las obras de Alemán y Cervantes, el privilegio de estimularles para que no se fueran de este mundo sin darnos la segunda parte de los libros que tantas ambiciones habían ocasionado.

Muchos serían los que hubieran preferido la narración escueta de las trapacerías del pícaro; por esto, muchos traductores, como Lesage, dejan las sentencias y disertaciones morales. Pero, precisamente, el mérito del *Guzmán de Alfarache* está en tocar lo elevado de una manera regocijada y alegre, como quería Horacio.

Más de sesenta años tenía cuando dejó a España para venir a América, radicándose en México, en donde publicó una *Ortografía Castellana*. México, pues, le debe algo a nuestro hombre recordado con cariño hoy.

*Lorenzo Vives.*

San José, Costa Rica, 22 de octubre de 1947.

---

torno a los errores, problemas y conflictos que en las jurisdicciones de unas y otras realidades surgen, se agravan y estallan, muchos de los cuales podrían sin duda evitarse o conciliarse, por medio de transigencias recíprocas y de soluciones equitativas.

Páginas admirables, de gran influjo aleccionador, consagra Molina al análisis de estas cuestiones, hondamente arraigadas a lo más subjetivo de la vida humana, tanto individual como social y múltiple. De una parte, el ejercicio y las regulaciones de la libertad; el cultivo del carácter; el respeto a los derechos justos y a los valores esenciales en la convivencia civilizada; la exaltación de las virtudes morales y cívicas; la dignidad de todo trabajo hecho con devoción y amor; la superioridad del ascetismo sin exageraciones, sobre la vida frívola. Y de otra parte, las demasías y extralimitaciones del Estado y de los gobernantes en general, especialmente en los regímenes totalitarios; los errores, los vicios y la subversión de la democracia; los desmanes de la demagogia; los resultados funestos, fatalmente retardatarios, del revolucionarismo sistemático.

Sobre todas esas contingencias, resortes y fenómenos del misterio corporal y espiritual humano, traza el Dr. Molina, en el edificante libro que nos ocupa, sutilidades dialécticas primorosas, críticas y lecciones insuperables, de gran virtud educadora.

Pero donde el talento reflexivo y las luces intuitivas del profundo filósofo chileno se exultan con mayor vehemencia, es al proclamar no ya los derechos inmanentes y la supremacía de los valores espirituales por encima de lo fugaz y marcesible de los materiales, sino al reconocer la perennidad, la inmortalidad de los designios espirituales en la vida y en la evolución de la especie humana.

Acerca de la indestructibilidad sustancial de los valores espirituales, señala Molina que "los hechos pueden contrariarlos, los contrarían en efecto muy a menudo, y no por esto dejan de existir. Dictaduras, opresiones, revoluciones y guerras pueden ocultarlos y hacerlos desaparecer momentáneamente, pero se mantienen y vuelven, clamando por que se les oiga".

Corolario optimista de tan profundos y educadores conceptos es la excitación fervorosa de que se cuide intensamente, integralmente, lo relativo en general a la Cultura, tanto en las personas individuales como en los agregados colectivos (sociales o nacionales); y tanto en el orden material, técnico o económico, al servicio del bien, como en el orden moral; cuidando siempre de mantener armonizadas las dos valoraciones, las externas y las internas; y de que nunca se apague, por encima de cualquier interés o estímulo determinados, la llamarada espiritual que es la iluminadora y orientadora de las vidas humanas hacia el mejoramiento evolutivo de las civilizaciones, en todos sentidos.

Y es claro que, dentro de estos respetos esenciales, la cultura, los valores sustantivos de la cultura, infunden en quien los ejercita verdaderas ansias humanísticas, y lo sustraen de mezquindades cotidianas, de vanidades tontas, de ambiciones ilegítimas, de intolerancias y prejuicios irracionales, de odios y de venganzas salvajes, de incomprensiones, de fobias y de toda especie de instintos perversos (tanto en los gobernantes como en los gobernados), contra el orden, la justicia reguladora, la confraternidad y la convivencia civilizadas.

Si carece de este sentido humanista, de esta esencia espiritual, de esa chispa divina, la cultura —deduce el sabio filósofo chileno— no puede conducir al adelanto interior, a la inteligencia y a la estimación recíprocas entre personas humanas. He aquí la excelsa lección que surge del libro magistral de Enrique Molina; lección adaptable no sólo a sus alumnos, sino en especial a todos los pueblos de Hispanoamérica.

Este noble apostolado, estas exhortaciones cálidas en pro de la cultura ética, le inspiraron al Profesor Molina otro libro no menos admirable, su *Confesión Filosófica y Llamado de Superación a la América Hispana*. En las páginas de esa Confesión se exponen, con certeros enfoques, algunas de las realidades más lastimosas y funestas del poco respeto en que se tienen los valores y las normas espirituales; y se exalta la urgencia de trabajar sin descanso en la suprema aventura de buscar y conseguir, por ese salvador camino, la verdadera liberación y la efectiva unidad americana.

Tanto los dos libros recientes del Dr. Molina, como el conjunto de sus creaciones, merecen, sin duda, algo más que unos sencillos y

entusiastas comentarios. Con ese caudal de oportunísimas y valiosas enseñanzas, el doctor Molina se hace acreedor a un homenaje colectivo de reconocimiento, por parte de la intelectualidad interamericana; ya que nuestro continente puede sentir bien legítimo orgullo por contar, entre sus pensadores actuales más destacados, con este filósofo y humanista insigne, el cual, si hubiese nacido en el viejo mundo, se hubiera hecho acreedor por sus obras, especialmente por su apología *De lo Espiritual en la Vida Humana*, a la admiración y la fama internacionales, tanto de las generaciones estudiosas coetáneas como de las futuras.

La Habana, 1947.

# MIRADA SOBRE LA POESIA SOVIETICA

Por *Jorge Carrera Andrade*.
(De *El Nacional*. Caracas, 7 de Noviembre de 1945).

## RUSIA NO SOLO ES LA NIEVE

Rusia no sólo es la nieve por donde corren los trineos y los lobos de ojos encandilados. No sólo la danza vertiginosa, al són de las triangulares balalaikas, mientras quema las gargangas la llamarada líquida del vodka. No sólo las ciudades enigmáticas con sus cúpulas en forma de rábanos enormes. No sólo el humeante samovar en el salón ornado de imágenes bizantinas, mientras puebla el silencio la música de Tchakowsky, que parece mecer las lilas en los jarrones y acariciar en el anaquel los lomos de los libros de Puchkin, Turgenev, Dostoyewski, Andeyev, Chekhov, Gorki. Un extremo de esta placentera estampa ha sido desgarrado por la revolución social de hace un cuarto de siglo y el otro extremo se ha consumido en el fuego de la guerra de estos últimos años, guerra del pueblo contra un disciplinado ejército mecánico.

Rusia es un conjunto de Estados diversos, unidos voluntariamente bajo la bandera de un ideal común —la estrella única— del trabajo y del esfuerzo urbano y campesino, simbolizados en el martillo industrial y la hoz agrícola. Hombres de todas las razas conviven pacíficamente en el territorio ruso, ocupados en la construcción asombrosa de una nación que se cuenta entre las tres más grandes de la tierra. Hombres sencillos, hombres sobrios que comparten su pan y su cántaro con el prójimo que en ese país se llama camarada. Hombres que no vacilaron en convertirse en soldados en el momento necesario y que aman, sin embargo, la poesía. Inolvidable es el manifiesto de la viuda de Chekhov, en los primeros días de la invasión nazista: *"Nosotros no necesitamos poesía —dicen los alemanes— necesitamos únicamente cañones. Bueno, los rusos sí necesitamos poesía. Nuestra poesía irá también a los frentes de batalla"*. Y, en efecto, los poetas se mezclaron con los soldados. Un casco de metralla se llevó los dedos de la mano de Utkin. Cien veces estuvo en peligro de muerte Ledevev-Kumach mientras escribía su *Canción de la Tierra Madre* que luego entonaron millones de voces varoniles, desde Stalingrado hasta las puertas de Berlín, y que fué tan decisiva como el arma llamada "katiuska" para producir la derrota alemana:

*"Mi tierra nativa es vasta.*
*Tiene llanos, ríos, bosques.*
*No conozco otro país*
*donde sea más libre el hombre"*.

## SENCILLO COMO UN MUGIDO

Este es el título de un libro de poemas que publicó Maiacovski en 1916. Se halla en él la anunciación de una nueva lírica que, a pesar de ponerse al servicio del pueblo, no excluye la calidad metafórica ni la hondura psicológica. El alma de los campesinos rusos, *sencilla como un mugido*, va al encuentro de los grandes horizontes y augura los nuevos tiempos de abundancia y de fraternidad humana.

Maiacovski es el primer intento ruso de acercamiento poético al universo. Lee a Walt Whitman. Escribe un canto a Cristóbal Colón. Toma parte en la lucha obrera mundial. Recorre la Unión Soviética. Viaja a México y descubre el trópico americano. Muere a los treinta y siete años de edad, de la misma muerte de Essenin. El Instituto de Literatura Mundial de Moscú se halla preparando su biografía, sobre la base de los doce volúmenes de sus obras completas.

A la misma generación, futurista y cósmica, pertenecen Kamenski, Pasternak, Aseyev, Besymienski. El primero es un aviador profesional, autor de *Pugachov*, extenso poema que narra las hazañas de un caudillo de la revolución campesina. Aseyev fué condecorado en 1939 con la Orden de Lenín y en 1941 recibió el Premio Stalin de Poesía. Es el verdadero jefe del Futurismo y sus libros son altamente estimados, especialmente *Flauta Nocturna*. Alejandro Besymienski es el cantor de Dnieprostroy, la gran central eléctrica que tuvo que ser dinamitada por los rusos en la primera etapa de la invasión alemana.

Después de la desaparición del autor de *La nube en pantalones* —sátira contra los hombres que viven en lo abstracto— se multiplicaron los iniciadores de nuevas escuelas poéticas: los *Octubrinos, Herreros, Proletarios, Constructivistas, Poetas de la guerra, Cantores épicos y populares*. Hay bajo el amplio pecho de nieve de Rusia un corazón ardiente y lírico que se expresa en ciento cincuenta formas lingüísticas diferentes desde el Báltico a los trigales de Ukrania, desde el Mar Negro hasta el Volga maternal que mece sus barcazas como cunas; desde el Don hasta el Cáucaso, azotados de cantares épicos, caballos veloces y relámpagos, desde los Urales hasta la estepa —apoteosis de la blancura— y hasta las fronteras del Este, donde acechan los ojos semidormidos de afganes, chinos y mongoles.

Así en la lengua tártara escriben Ousmanov, Nadjimi, Maksoud. En los dialectos de Azerbaidjan se distinguen Souleiman-Roustam, Chamsaddine, Alí Veliev. En Bachkira: Youtly, Boulat, Yanabi. En la lengua de los kirghizes, Karatchev, Nagmanov. Y miles más, en una musical y extraña nomenclatura, o más bien en una verdadera fantasía geográfica que nos ayuda a sacar de la niebla de nuestra ignorancia una gran parte aun desconocida del mundo en que vivimos.

## EL HIERRO FLORECIENTE

Los nuevos mitos creados por la revolución de Octubre fueron el hierro, el acero, el cemento. Los materiales sólidos y poderosos eran elevados a la categoría de nuevos dioses de la construcción socialista. ¡Construir! era la consigna de la inmensa república de trabajadores. Entonces aparecen los poetas "herreros" que cantan al esfuerzo humano, a la fábrica, a la solidaridad que crea la obra colectiva. Gastev le llama a su libro poético *Fundición de las palabras*. Gerassimov organiza la primera agrupación de escritores proletariados bajo el nombre de *La Fragua*. Vladimirov, Besymienski, Lougovskoi elaboran poesía descriptiva, épica, en la que narran los episodios de la edificación y de la industrialización de Rusia.

Miguel Gerassimov es el poeta más notable de esta escuela. Hijo de un obrero metalúrgico, tomó parte desde muy joven en las conspiraciones contra el zarismo. Fué apresado y condenado; pero se escapó de la prisión y se refugió en el extranjero. Vivió en Francia, en Italia, en Bélgica, donde aprendió a cultivar un lirismo original, con cierta influencia simbolista e impresionista que aparece aun en sus obras recientes, como *La Fábrica de Alas de Fuego, El Hierro Floreciente, Hacia la Emulación*. En este último libro canta las nuevas formas del trabajo proletario, las llamadas "brigadas de choque", la vida de los leñadores y carpinteros soviéticos, en un tono solemne y patriarcal:

*"Basta, oh viento vagabundo, de correr sin descanso. Ven a enrollar las hojas en un tapiz movible. Amontona las raíces y los troncos muertos —ruinas del bosque— en los surcos del campo, pues esa futura podredumbre, en el otoño moroso, será el alimento de las tierras de las sorkhoz. Sa-*

*cude y echa abajo los árboles, día y noche, para calentar nuestras calderas, nuestras estufas y nuestros hornos. Trae largos troncos para nuestras fábricas. Calienta, aclara, ilumina nuestro invierno oscuro y helado. Basta, viento libre, de correr día y noche sin rumbo. Haz vivir a nuestros molinos. Préstanos tu eficaz ayuda".*

El poeta, con encantadora simplicidad, trata de hacer trabajar a la naturaleza al servicio del plan soviético y quiere enseñarla a ser útil. Más, en la herrería vagaban aún ciertas sombras de misterio que fueron ahuyentadas por la técnica moderna. Los inventos, las máquinas pasaron al primer plano en la construcción de la Rusia nueva. A los poetas herreros sucedieron los "constructivistas". El Constructivismo quiere organizar la poesía en torno de estos cuatro principios: Originalidad del asunto; concentración de los sentidos; unidad interna del poema en elementos verbales e imágenes; empleo en la poesía de los procedimientos simples de la prosa. El poema se enriquece de experiencias físicas y de emoción virginal. La novedad llega hasta el punto de introducir en la poesía datos estadísticos y fórmulas industriales, como en el célebre poema *Pouchtorg*, de Elías Selvinski, en el que narra el establecimiento de un trust soviético de pieles.

Junto a Selvinski, se encuentra Vladimir Lougovskoi, entre los más altos poetas del constructivismo. Ha doblado apenas el cabo de los cuarenta años de edad. A los dieciocho, ingresó en el Ejército Rojo e hizo todas las campañas de la guerra civil. Su vida militar, madurada al sol de la victoria y a la sombra de la derrota, se reflejó fielmente en su primer libro de poemas, *Las Alarmas*. Luego, fué admitido en la Asociación de Escritores Proletarios, y en 1930 fué uno de los fundadores de la "Unión Literaria del Ejército Rojo y de la Flota".

Los constructivistas terminaron por adherirse al movimiento de la poesía proletaria, representada por Sadofyev, Kazin y por el más popular de todos, Damián Bedny o Damián-el-Pobre, cuyas fábulas y poemas narrativos exaltan la vida simple de los mujiks. Damián-el-Pobre es, sin duda, el Poeta del pueblo ruso, el intérprete de sus angustias y esperanzas y el fustigador de sus opresores. Ejemplo de esa poesía proletaria es su poema *Iglesia de Kolhoz*.

## POETAS DE LA GUERRA Y DE NUESTRO TIEMPO

En Junio de 1941 se desató la violencia germánica contra Rusia, como una tempestad de verano. Tempestad de acero y fuego que destruyó centenares de ciudades, entre ellas la sagrada Kharkov, y redujo a cenizas los templos donde ardía aún la lamparilla al pie del dorado icón. Meses de guerra, mares de sangre. Las granjas, ofrecidas al inmenso festín caníbal de las llamas, los cadáveres arrojados como sacos de ceniza en los surcos, la gran miseria de las madres y los niños petrificándose sin lágrimas en la ilímite e insonora tumba colectiva de la nieve; éste era el cuadro de Rusia, pillada por los invasores.

Los ejércitos nazis sitiaban ya Leningrado. No había electricidad ni pan. Las cañerías estaban rotas. El pueblo acudía en hileras al Neva a recoger agua en bamboleantes cubos. El poema *Pulkovo meridiano*, escrito por Vera Inber, cuenta la angustia heroica de esos días en que los hombres marchaban dando traspiés al sacrificio o a la mueste. ¡Toda esa luz cadavérica que se esparce, en ondas amarillas y sublimes, de la *Séptima Sinfonía* de Shostakovich!

Alexander Fedayev, Presidente de la Unión de escritores, nos ha relatado un episodio impresionante: los obreros de una fábrica de Leningrado pidieron a la Unión que organizara un acto literario en la planta baja de uno de los edificios que tenían los pisos de cemento. El programa del acto empezó ante centenares de espectadores, mientras numeroso público, que no había encontrado acomodo en el interior, llenaba los corredores y bloqueaba todas las entradas. En esos momentos justamente la artillería alemana comenzó a cañonear la fábrica. El poeta Nicolás Tikhonov leyó sin embargo, tranquilamente, su poema anunciado *Kirov está con nosotros*. "El poder de este soberbio poema —dice Fadeyev— se acrecentaba por el hecho de que Tikohnov lo escribió en el invierno cruel, en su cuarto sin calefacción, a la luz de una pequeña lámpara, y porque se refería a Kirov, el favorito de los trabajadores en Leningrado, además de que su lectura se efectuaba en circunstancias dramáticas, en medio del peligro causado por el intenso bombardeo de la artillería enemiga. Todos escuchaban el poema como si se hallaran petrificados. Los rostros eran severos y emocionantes". El poema vertía un vino de coraje en los corazones:

*"Resistiremos, firmes como acero.*
*Ya habrá tiempo después para el descanso.*
*No puede el enemigo por la fuerza*
*y quiere por el hambre dominarnos*
*y arrancar Leningrado a nuestra patria...*
*Nunca sucederá tal hecho bárbaro*
*en las sagradas márgenes del Neva..."*

Entre estos poetas de la guerra, se distinguen Tvardovsky, Yashin, Simonov, Shchipachev, Dolmatovsky, Margarita Aliger. Han creado una especie de épica moderna. Escriben poemas narrativos sobre los sucesos presentes, unas veces con aire de canciones populares, otras en forma de baladas. Tvardovsky es el creador de un héroe del pueblo: *Vasily Tyorkin*, soldado rojo que organiza guerrillas contra los invasores. Su cordura, su conocimiento de la tierra, su sabiduría práctica, su espíritu de justicia son considerados como típicos del ciudadano soviético. Este poema del guerrillero comparte su popularidad únicamente con la historia dulce y heroica de *Zoya Kosmodemyanskaya*, la colegiada ahorcada por los alemanes. Esta figura sentimental, creada por Margarita Aliger, representa la voluntad extraordinaria del alma rusa que no puede ser doblegada por la muerte.

Hay actualmente en Rusia un renacimiento de la balada. Los poemas se cantan con el aire musical de la *chatushka*, tono campesino que despierta recuerdos, emociones y anhelos. Después de la inundación de sangre, la espiga vuelve a alzar su breve arquitectura de oro y el gran mugido pacífico del ganado parece enjugar todas las lágrimas del mundo. Es el día nuevo que lanza su mirada radiante hacia los jóvenes labradores y hacia la risa lunar de la hoz, dispuesta a arrancar a la tierra, con sus dientes el alimento rubio para la humanidad.

# MERCEDES TORRES DE GARMENDIA, EXIMIA POETISA AMERICANA

Por *Luis Villaronga.*

(En el *Rep. Amer.*)

Mercedes Torrens de Garmendía es una violeta escondida en la fronda lírica de América. Paseando un día por la pradera luminosa di con la delicada flor. Admiré la finura de sus pétalos, su color morado, su perfume tenue.

Mercedes Torrens de Garmendía es uno de los poetas más grandes de América y, por su modestia, hay tantos americanos que no lo saben. Pero, esta modestia de violeta es una cualidad de su alma: cualidad germana, idéntica, a las otras cualidades que originan su poesía. Mercedes Torrens es sencilla y de una espiritualidad que asombra. Sus poemas leves, alígeros, etéreos, son los destellos de esa espiritualidad. En Mercedes Torrens la poesía parece ser consubstancial a su alma. Su símbolo, su ex-libris, podría ser la florecita del campo que, por el hecho de serlo es eminentemente poética; más poética que la que crece en jardín elegante. Y como la florecita de la pradera, Mercedes Torrens es sencilla y pura, solitaria y melancólica. Su única alegría es la de la luz, la de la brisa, la de las mariposas multicolores que juegan en torno.

El ritmo y la rima, la forma poética, es en ella tan espontánea que parece increada, es decir, anterior a su propósito de escribir y como venida del cielo a través de las vastedades de su alma. Mercedes Torrens teje sus poemas con la etereidad de la esfera azul y luminosa. Su alma se nos muestra como disuelta en el éter, vagando en la luz y fundiéndose con amor, con ansia, con melancolía, en todas las cosas bellas y delicadas del mundo. Su numen vuela de una en otra forma bella, como una mariposa. Toda su poesía es ese vuelo. Sus poemas son los momentos en que se detiene sobre la flor, sobre la estrella, sobre el viento. De esa identificación de la poetisa con lo etéreo y vagaroso del Universo nace la originalidad de su poesía y su intensidad poética.

Yo he celebrado en lo íntimo de mi estudio y de mis contemplaciones este hallazgo, este conocimiento de la insigne poetisa cubana, residente en La Habana. Es por esa condición de etereidad que la poesía de la señora Torrens está tan lejos del prosaísmo, de la vulgaridad, de la chabacanería. A lo mismo se debe la pulcritud de sus versos en los cuales no hay el más mínimo rastro de sexualidad. ¿Cómo va a haber sexualidad en una poesía estelar, celeste, como la suya?

Ya en *Fragua de Estrellas*, su primer libro, publicado en 1935, se adivina al poeta que ha de advenir en *La Flauta del Silencio*, dado a luz en 1946. Su aparición poética, tan lograda después en su arte, la explaya en las primeras estrofas que escribe:

*Mi verso quisiera copiar el acento*
*de las voces triunfantes del viento,*
*y buscar los arrullos*
*en los flébiles, dulces murmullos*
*de las ondas sonoras*
*que recogen danzando las horas*
*a compás de la brisa,*
*cariciosa como una sonrisa.*

En su segundo poema canta el íntimo, exclusivo, anhelo, de su corazón:

*¡Oh! Ser ala, ser viento,,*
*en la noche vagar;*
*tender el pensamiento*
*en un vuelo inmortal.*

*¡Oh! Ser nube, ser ola,*
*como un cóndor volar*
*y en corolas de loto*
*tenderse a reposar.*

*Y alcanzar una estrella,*
*y anhelar más y más;*
*por todas las praderas*
*del cielo deambular.*

Toda la poesía que vendrá después tiene su germen en esas estrofas iniciales de la insigne poetisa. Todo su arte posterior será la amplificación de ese su estro cándido y ansioso, el cumplimiento y el triunfo de su íntima, su única aspiración. Sus primeros versos son de una poesía ingenua, de una sencillez encantadora. Versos de novicia del amor, de colegiala del arte, con el candor, la delicadeza y la ternura que estos conceptos entrañan. Los que escribe después son siempre sencillos y breves y como los primeros, con una abundancia de luz, de colorido y de imágenes que sorprende. La novicia del amor, la colegiala del arte, es después y siempre una novia del cielo, una doctora del verso ingrávido y radiante.

Sencilla como es la poesía de Mercedes Torrens, es, al mismo tiempo, exquisita, elegante y magnífica, por la belleza de las imágenes. Ved este poema:

*Como un faro en la noche, era esta lámpara;*
*refugio dulce como un sol de invierno.*
*A su pálida luz prendí de amores,*
*el corazón que palpitaba incierto.*

*En la noche, a su vera nos reuníamos*
*con plácido sosiego,*
*y era la ronda allí, para mi alma,*
*un divino contento.*

*Mi recuerdo es una ala de dulzura*
*sobre un ramo de azules pensamientos,*
*junto a la vieja lámpara encendida*
*en la noche profunda de los sueños.*

*Pero el tropel sonoro de los años*
*abrió cauces letales de silencios,*
*y el hilo de la vida fué rompiéndose*
*entre las manos ávidas del tiempo.*

*Cada ausencia encendía en las pupilas*
*sus antorchas de duelo;*
*y estrechándose más, junto a la lámpara,*
*pensábamos en ellos.*

*Ahora ya en mis oídos no resuena*
*el rumor de sus voces, no hay ni un eco,*
*y solas en la noche silenciosa*
*esta lámpara y yo con nuestros muertos,*
*hacemos aun la ronda de la vida*
*en la estancia poblada de recuerdos.*

Este poema, tan rico en imágenes preciosas, es del libro *La Flauta del Silencio*. Como hemos dicho, la cualidad suprema de la poesía de Mercedes Torrens es la levedad, la etereidad. La sensación de levedad del aire, de la luz, de la niebla, de la melancolía. El asunto se desdibuja, a veces, en la etereidad del poema, aumentando su encanto. Así, sus baladas. Sus baladas están hechas de ecos lejanos, celestes, desvaídos, que ponen en el alma el temblor de los presentimientos y las visiones. He aquí la *Balada de la Soledad:*

*Noche en el silencio junto a la plateada*
*claridad del lago;*
*llevo con mi angustia las manos en alto,*
*como dos escalas*
*por donde la luna*
*bajará hasta el agua.*

*Sobre mi cabeza*
*brillan las estrellas dulces y lejanas*
*y la clara senda*
*de la Vía Láctea;*
*a mis pies el lago*
*de bruñida plata,*
*la orilla, en la sombra,*
*con sus rosas pálidas.*

*Baja por mi cuerpo*
*la camelia blanca*
*de la luna al lago;*
*soledad, me asaltas*
*con tus negras manos,*
*¿qué anhelas, mi alma?*

*¡Qué sola, qué triste,*
*qué triste, mi alma!*

*Bajaré contigo,*
*luna, luna pálida,*
*hasta el luminoso*
*fondo de las aguas.*

*Después que me duerma*
*sobre un lecho de algas,*
*¡oh, luna! recoge tu manto*
*y apaga tu lámpara.*

El poema *Invocación*, que figura en el libro *Fragua de Estrellas*, es ciertamente digno de la inspiración de Rubén Darío:

*¡Oh, Señor Jesucristo! Por la fe de los tristes*
*vuelve al mundo, Señor.*
*Las almas están muertas. Tú nada más existes*
*y es muy grande el Dolor.*

*Escucha a los que claman por amor a los niños;*
*por la rosa de luz*
*de sus cándidos ojos; por los grandes cariños*
*de los que aman, Jesús.*

*Vuelve a nos; sé piadoso y escucha el hondo*
*[grito*
*que sale de la mar,*
*que rueda por la tierra y va hacia el infinito*
*en vago suspirar.*

*Urgidos por sus ansias, aullantes van los lobos.*
*¡Mucho tardas, Señor...!*
*Hay almas que aun esperan en místicos arrobos*
*tu dulce resplandor.*

*Cuando en nosotros seas volverá a las*
*[conciencias*
*el soplo del amor,*
*para nunca perderse las cálidas esencias*
*del divino Creador.*

*Jazminero en la sombra*, es otro poemario de Mercedes Torrens, rico también en gemas de belleza. (Los títulos de sus libros son siempre un acierto). La subjetividad profunda de la señora Torrens se equilibra con la objetividad que luce en sus poemas. No es sólo de su alma que gustamos; no son sus versos vaguedades de alma solamente. Son las cosas bellas de la Naturaleza que ella nos ofrece en la espléndida sucesión de sus imágenes. De este modo hay para la imaginación el asidero de la objetividad, de que se deriva el encanto y la realidad del arte.

La tristeza de que hace gala Mercedes Torrens en muchos de sus poemas no es la tristeza trivial, vulgar, del amor no correspondido o traicionado. No es una tristeza enfermiza, morbosa, como la que se nota en tantos poetas. Su tristeza es natural y sana. Es cósmica, trascendental o irremediable, porque está en lo íntimo del ser, en la esencia misma de la vida.

Quien es una alma predestinada como Mercedes Torrens, quien tiene esa visión radiante y exquisita del Universo, tiene que pagar su precio. Y ese precio es la tristeza. Sabemos que Mercedes Torrens paga ese precio con gusto, con amor.

Sobre el cielo lírico de América, Mercedes Torrens de Garmendía luce como una de las estrellas más fulgentes.

*L. V.*

San Juan, Puerto Rico.

---

# Lógica del idioma
## PLEONASMOS

(De *El Tiempo*, Bogotá, 20 septiembre de 1947).

En *Gazapera* del 6 de septiembre corrige un colaborador del vespertino fundado por don Fidel Cano el dicho "ave con alas" del discurso de un académico, en contestación a la bella exposición leída por don Germán Arciniegas al ser recibido como socio de número en la Academia Colombiana de la Lengua. Si el cándido corrector hubiera leído las sustanciosas palabras del recipiendario y las hubiera entendido, habría notado la alusión que se hacía en la respuesta a las curiosas observaciones de Arciniegas sobre la semántica del vocablo "ala". Cumple todavía agregar algunas observaciones acerca del tema.

Ocurre, por ejemplo, que no hay pleonasmo, primero, porque el ala no es el distintivo anatómico esencial de la rama de los vertebrados designada con el nombre de "aves". El diccionario de la Academia, cuyas definiciones de términos pertenecientes a la historia natural no son de las más logradas, pone las alas como la octava característica de esas criaturas. El diccionario de Oxford, edición concisa en dos grandes volúmenes, del *New English Dictionary*, define la palabra *bird* (ave) con estas palabras: *any feathered vertebrate animal*, o sea: "todo animal vertebrado de plumas". Definición notable por su precisión y justeza, porque la pluma, no el ala, es la característica verdadera de esa rama de los vertebrados. Tienen otros distintivos que determinan mejor su naturaleza que las alas, como el estómago sucenturiado, la molleja y la capacidad respiratoria de los huesos. Todas las aves tienen plumas, pero no es de todas la posesión de las alas. Hay más aún: hay muchas especies animales con alas que no son aves. Las manos del murciélago son alas. Las alas de las aves son brazos, o si, se ha de hablar con más propiedad, aletas. Muchos órdenes de insectos tienen alas y en algunos de ellos, los más evolucionados, es voluntaria la posesión o la ausencia de estos apéndices.

Hay, para mayor confusión, aves sin alas, no porque las hayan perdido traumáticamente, sino porque nacen sin ellas. Los *kiwis* de la Nueva Zelandia, según Protherve, "son las más pequeñas de las aves que no vuelan. Hay de ellas cuatro o cinco clases en la familia de los apterigios. Escasamente tienen huellas de alas". El rudimento óseo que poseen es menos sigfinicativo como ala que las vértebras de que se formó el cóccix en el hombre lo serían de la cola.

Hay otros varios géneros de aves sin alas. Doña Ambrosia de Castelo, a quien Núñez de Arce por un exceso de cortesía inaplicable, llamó Blanca, se expresó en esta forma al confiarle a Raimundo Lulio, el secreto de la impropia enfermedad que la devoraba:

*Sabedlo, pues, pero olvidadme, ¿acaso*
*debo pensar en el amor terreno,*
*yo moribunda y triste ave de paso?*

Ambrosia de Castelo era una ave sin alas. Hay "pájaros de cuenta" también sin ellas; así como hay "malas reses" privadas del apéndice caudal, a lo menos en la apariencia.

Venga el autor de la corrección desprevenidamente a las llanuras del pleonasmo donde encontrará cómo en esta materia su situación es no solamente incierta sino desesperada. Las disputas relacionadas con el pleonasmo son alimento espiritual de párvulos en las vías iniciales de la dialéctica. El pleonasmo no es necesariamente un vicio de dicción, ni es de rigor una licencia retórica; aun se lo puede considerar como una figura de uso recomendable. "Yo mismo" parece pleonasmo, pero es una manera de afirmar que no se trata de otros, o de que la cosa afirmada tal vez no es la más conforme con los deseos o la inteligencia de quien la afirma. "Yo mismo lo vi con mis propios ojos", son cinco pleonasmos tan comunes en verso y en prosa, como en los arenales húmedos la verdolaga. En español dos negaciones no siempre se compensan como en inglés, en alemán y en latín para formar un concepto afirmativo. En español se pueden aglomerar las negaciones pleonásticamente. "No he debido nunca jamás a nadie" es una cadena de negaciones superfluas de uso frecuente. En alemán dos negaciones afirman y es considerado como grave defecto el aglomerarlas en una sola frase con un sólo verbo; sin embargo, en la gramática alemana extensa de Hermann Paul hay varias páginas de ejemplos de negación doble sacados de los mejores escritores de todos los tiempos donde figuran Goethe, Schiller, Lessing y el mismo Lutero, uno de los organizadores, con su versión de la Biblia, del alemán moderno.

Una ligera indicación más, con perdón del indulgente lector que hasta aquí haya seguido estas divagaciones. Si se observa al anadón en los primeros días de su vida, se notará que al desperezarse mueve unos apéndices laterales en forma de aletas o muñones. Son los rudimentos de sus alas, que en muchas palmípedas conservan esa categoría de rudimento. Los tales muñones prueban que las alas no fueron el órgano fundamental en la vida de esas criaturas. El hecho de que haya grandes voladores entre las palmípedas no lastima la teoría de que, en general, las más de esas aves tienen alas rudimentarias. De esto dan cuenta en forma cristalina los prolegómenos de la embriología. La evolución de estas especies empezó, sin duda, entre el acuático y el anfibio. Los alones señalan el comienzo de la transformación de la aleta, uso a que todavía se les aplica. En el pingüino ese órgano rudimentario es una verdadera aleta escamosa, recia y sin las dos articulaciones del ala. Las primeras aves eran reptiles en los cuales ciertas membranas se volvían alas. El pterodáctilo es un lagarto como sus antepasados. En la "archeopterix" todavía se ven las marcas orgánicas de los reptiles. Muchas otras clases, como ya se dijo, tienen los órganos de vuelo. Hay mamíferos con alas a más del murciélago; son un género de ardillas cuyos flancos se expanden entre las extremidadas anteriores y posteriores hasta formar una vasta membrana, con la cual vuelan de un árbol a otro. Hay peces que vuelan y hay hombres a quienes les dan alas para todo, hasta para escribir, muchos de los cuales en el ejercicio de la crítica muestran sus épteras deficiencias.

Chesterton, el famoso periodista inglés que difundió su humor por los pueblos de su habla, en novelas, ensayos, poemas y conferencias, amonestó una vez a sus colegas del *Daily News*, donde escribió antes de convertirse al catolicismo, diciéndoles que para imprimir cosas en el *Daily News* debían recordar cómo ese diario era de origen divino por haber sido fundado nada menos que por Carlos Dickens. A los que ejercitan sus facultades críticas y su ilimitada información filológica y cultural en la revisión gramatical y lógica de sus modestos colegas plumitivos, bien podrían recordárseles cuando acaso se dirijan a *El Espectador*, que dicha hoja es también, a su modo, para Colombia, de origen divino; fué fundada por don Fidel Cano.

*B. Sanín Cano.*

# ARGENTINA, ESCUCHA LO QUE MI PATRIA TE DICE

Por *Pablo Neruda.*

(Es un recorte de *El Siglo*. Santiago de Chile, 11 de Junio de 1944).

I

Otras veces he venido a hablar con vosotros en nombre
de alguna asociación, de algún sitio, de algún país de América.
En este 4 de Junio (aniversario popular de Chile) no os hablo
[en nombre
de ninguna parcela, de ningún rincón,
os hablo en nombre de toda América, en nombre de la libertad,
de nuestra América.

II

Para hacer esto, para nombrar este nombre, para que esto se
llamara América,
no bastaba un nombre, sino un apellido y este apellido es Libertad.

América se llama América Libertad.
América es su nombre de soltera.
Después se llama señora Libertad.

Primero fué el descubrimiento de sus selvas inagotables, de sus
ríos misteriosos:

Amérfica era un panal cuya miel desbordaba,
hasta que de los océanos llegaron los hombres y los aprendizajes del
mundo.

III

Pero hasta entonces la guarida del búfalo cerca de Alaska
y los templos enterrados bajo las enredaderas de nuestros hermanos
de México,
y el tronco de Caupolicán, abanderado de nuestra geografía,
eran el velo misterioso de la nueva novia del mundo.

IV

Llegaron los mercaderes, llegaron los explotadores de todas
las regiones de Europa,
atraídos por el aroma de cobre y azúcar que exhalaba
la novia llena de oro, la nueva novia del mundo.

Hasta que se hizo madura nuestra tierra,
hasta que se casó con Washington y O'Higgins
con San Martín, con Morelos, con Sucre y con Bolívar,
hasta que se llamó Señora Libertad.

V

Así la conocemos los chilenos.

América es, para nosotros, libre.

En esta mañana libre de nuestra patria pisamos las gradas
de este teatro que se llama Caupolicán,
por nuestro padre araucano, padre de la libertad
de Chile. Pero no sólo este teatro y este sitio,
ni este día,
sino todos los sitios, son libres para el chileno, todos los días,
y todo el aire y toda la tierra del mundo.

Nacimos para ser libres, y cuando os hablo en nombre del apellido
de América,
los chilenos queremos: que toda la grande y confusa América, que
todo el continente,
viva el aire sagrado que respiramos al nacer; no queremos esclavos
en esta patria ni en ninguna.

VI

Costó sangre de hombres, militares y civiles,
para que ondulara nuestra bandera en la Moneda y en la Universidad,
en Sangra, en Rancagua, en el Norte, en el Sur.
Se llamaban Carrera, se llamaban Freire y Mackenna, Camilo Henríquez
se llamaban,
y se llamaban: pueblo sin nombre y sin apellido, los que luchaban
para que la estrella sagrada brillara sobre el azul sagrado
encima de la franja de sangre sagrada que nos cubre.

VII

¿No recordáis? hermanos. Manuel Rodríguez juró que al fascista
franquista Marcó del Pont
le daría la oportunidad de conocerlo. Se disfrazó de mendigo y
le abrió
la puerta de la carroza: desde el fondo de ella
el pobre tirano le tiró unos centavos,
pero el mendigo le respondió con ojos
en que brillaba la mirada del puma de Chile.

VIII

Hasta hoy hay lacayos que reciben esos centavos.
Hasta hoy hay esclavos que creen en Marcó del Pont y Franco.

Pero el pueblo de Chile abre la carroza para reconocer
al enemigo
y el pretendiente a tirano no encuentra en el fondo el rostro
de un esclavo
sino los ojos fríos y deslumbrantes de Manuel Rodríguez.

IX

América Rodríguez: América de la Libertad y de la sangre, hoy te
saludo,
porque vemos amenazado el patrimonio que nos legaste
como madre impecable,

Porque creemos llegado el día amargo de reconquistar
lo que algunos de tus hijos traidores olvidaron.

¿Qué han hecho tus hijos en Centro América? Han fundido la cadena
para que el déspota sangriento te martirizara.

¿Qué han hecho tus hijos en Guayaquil? Hoy, ayer despertaron
América Sucre, América Bolívar, los que estaban dormidos,
y en El Salvador recién resuenan las cadenas quebradas.

X

¿Qué hacen tus hijos cuando la libertad del Mundo
como en los viejos tiempos está acorralada?

¿Están todos unidos para defender tu apellido?

XI

Sólo sé que mi patria, sólo sé que Chile, la Antártica
de remotas naciones respetada por libre
ni a extranjero dominio sometida por libre,
está vigilando de día y de noche, por deber y por libre.

XII

Por eso hoy la Argentina, nuestra hermana abundante,
nos congrega.

Hablemos despacio, escuchemos.

¿Qué pasa? No se oye nada, hermanos.

No oímos, no escuchamos, no se oye!

¿Qué os ha pasado? ¿Por qué calláis? ¿Os han robado vuestras
[banderas?

Pero vuestras banderas, hermanos argentinos, son las nuestras,
responded,
¿o es que las lágrimas nos os dejan hablar? ¿Qué pasa?

Tened confianza, ¡contadnos todo!
¿Algún usurpador, algún traidor está robando la patria,
y os está mintiendo?

¿Rosas se ha levantado de su tumba siniestra?

Hablad, toda esta larga patria os está mirando.

XIII

Cuando llega la noche nos dormimos bajo la misma sábana de nieve,
por eso os exigimos libertad: por eso no dormimos, hermana,
hasta que podamos levantarnos al mismo sol de los libres.

XIV

Hermana Argentina, aquí esperamos y luchamos por tu vida,
y sabemos lo que lucha tu pueblo para incorporarse.

No creas los falsos consejeros que se toman el nombre de Chile
para endurecer tus cadenas, hermana.

No creas que cierto minúsculo personaje representa la tierra
que Sarmiento aceptó como palacio para su pensamiento.

Chile espera la libertad del día de mañana, y no se engaña a Chile,
ni Franco ni Bolivia ni tirano alguno
ha engañado a este pueblo que conoce la libertad.

XV

Argentina Sarmiento, Argentina, Argentina,
no se oye nada. ¿Oyes, nos escuchas?

No queremos comprarte nada, no queremos
venderte nada: ¿Oyes, hermana?

Argentina, Argentina,
Argentina:
escucha lo que te decimos al oído.

XVI

Rosas es un guano que no vale tu polvo.

Franco Marcó del Pont está hace tiempo muerto,
Hitler ha derramado toda la sangre en vano.

Las tiranías se las lleva la lluvia
hacia los cementerios, y si la buena lluvia
no llega,
tu pueblo barrerá con sus banderas
el altar deslumbrante de la patria.

XVII

Argentina: al oído te decimos: Levántate.

Hermana, mira la nueva nieve
que cae, no te entierres, no te mueras, levántate
para que mano a mano luchemos y ganemos.

Porque Chile no vive con una hermana muerta.

Y hoy te tiendo la mano que ayer tú le tendiste
cuando del otro lado llegaron tus gigantes
a derramar la sangre que nos dió nacimiento.

XVIII

Llámanos Argentina: tus hermanos crecieron
y pueden devolverte la sangre derramada
¡para que estemos juntos sobre la nieve libre!

---

## Interpretación de nuestro tiempo

# ORFANDAD DEL HOMBRE CONTEMPORANEO

Por *Luis López de Mesa*
(De *El Tiempo*. Bogotá, 17 noviembre 1947).

Los viajes, la prensa periódica y la radiocomunicación, que nos permiten hacer cotidianamente el balance del mundo, revelan que la humanidad carece hoy de conductores espirituales de primera magnitud. Con efecto, si repasamos mentalmente la serie de los pueblos libres que hogaño representan la civilización y la historia, en ninguno hallaremos hombre que entienda lo que ocurre ni, menos todavía, conduzca a sus conciudadanos por rutas iluminadas de fe sosegadora o siquiera de relativa certidumbre.

No que estadistas y rectores de la cosa pública ignoren los problemas que hoy atribulan a la especie humana, pues que son evidentes para todo el mundo y constantemente observados, iluminados y aun desmenuzados hasta su último fondo por los hombres de estudio y los innumerables órganos de publicidad de que la actual civilización orgullosamente dispone, sino que no se ve por ninguna parte la inteligencia que sintetice su letal encadenamiento y logre así descubrir el núcleo genitivo de estas alteraciones.

Tratar aisladamente esos trastornos que perturban la vida humana y en mucho, sino de todo, la van haciendo insoportable ya e inútil, sin el claro conocimiento de su concatenación y origen, es conducta ciega y alocada actitud que afligen la existencia del hombre y aun su destino histórico final comprometen.

La economía individual, nacional e internacional carece de orientación estable; la política partidaria y la general de los pueblos, tanto administrativa cuanto ideológicamente consideradas, marchan a tropezones, en caótico turbión de inmoralidad y de locura; la vieja urdimbre moral de individuos y naciones se desmorona a ojos vistas, sin que uno pueda advertir el surgimiento de otras normas suplentes; la religión es sólo lamparita languidecente que parpadea en recodos sentimentales de angustia; el arte recorre incongruentes senderos de pesadilla, emotivamente ya casi infecundo; la ciencia, tenida por señora y sultana de estos últimos tres siglos, de esta atormentada vigésima centuria sobre todo, como los avaros, día a día se enriquece sin gozar de lo suyo ni a otros permitir que de ello gocen, inmensamente acaudalada, sin duda, pero aun espiritual y hasta hedonísticamente estéril.

La filosofía, la gentilísima filosofía, otro tiempo orgullo del hombre y su más egregia consoladora espiritual, talismán y joya a la vez, ya apenas subsiste...

¿Qué ocurre entonces? Si somos algo más de dos mil millones de este *Homo Sapiens* que dominó el planeta; si el cielo, el mar y la tierra nos pertenecen; si la riqueza general de las naciones cultas se ha centuplicado; si el espacio y el tiempo desvelaron su secreto ante nosotros; si el átomo, la gravedad, la luz y el éter ancilarmente nos sirven... si los mismos dioses eclipsaron su rostro ante la soberbia inquisición de nuestros juicios... ¿por qué yacemos derrotados y humillados en el mundo?

Conviene que cada uno de nosotros diga lo que opine, hasta donde le asistan su mente y los recursos intelectuales de que disponga. Por mi parte, pueda o no, así lo intentaré en las muy breves líneas que a continuación voy a escribir sobre este tema, y muy someras, naturalmente, como mero pespunte periodístico que son y sólo intentan ser.

Nuestra generación no puede morir tranquilamente sin hacer algún esfuerzo espiritual que siquiera en algo compense las enormes barbaridades de que es responsable ante la historia y las generaciones futuras. Los que hemos vivido cuanto va ya del siglo veinte nos reconocemos culpados de la mayor estupidez que registran los anales del mundo y no damos signo perceptible de enmendar nuestro criterio. Es un trastorno colectivo intelectual y moral que recuerda la ceguez con que las Euménides aturdían a quienes deseaban castigar más duramente. No de otro modo se explica uno que en un momento dado se apague la inteligencia del hombre en tantos pueblos ilustres que siempre la tuvieron iluminada y eximia, y aunque sólo sea como atenuante de nuestra grave culpa, debemos, cual más, cual menos, aportar el esfuerzo humilde de nuestro estudio en solicitud y procuración de volver la vida humana a los cauces de su dignidad, de su tranquilidad y de su gloria.

# REPERTORIO AMERICANO

CUADERNOS DE CULTURA HISPANICA

EDITOR
J. García Monge
Teléfono 3754
Correos: Letra X
En Costa Rica:
Sus. mensual ₡ 2.00

El suelo nativo es la única propiedad plena del hombre, tesoro común que a todos iguala y enriquece, por lo que para dicha de la persona y calma pública no se ha de ceder ni fiar a otro, ni hipotecar jamás. — **José Martí.**

..."y concebí una federación de ideas," — **E. Mía de Hostos.**

EXTERIOR:
Suscrición anual:
$ 5 dólares

Giro bancario
sobre Nueva York


## AMERICA DEL SUR

*Por Alberto Gerchunoff.*

(De *Argentina Libre.* Buenos Aires, 26 de Junio de 1947).

Mr. Joseph Montague Kenworthy, noveno barón de su familia y difundido en la democracia laborista con el título de Lord Strabolgi, es un viejo amigo nuestro. Solía comunicarse con el público argentino por medio de sus artículos, en la época de la guerra, y en los cuales se esforzaba en demostrarnos las ventajas de la civilización, presentada por Gran Bretaña y sus aliados, sobre la barbarie encarnada por Alemania y los países que formaban el poderoso consorcio totalitario. Entonces no le costaba trabajo persuadirnos porque no hacía más que favorecer con su periódica prosa la inclinación que dominaba entre nosotros. Y este miembro de la nobleza británica, que entronca en un castillo del siglo XIV y profesa una doctrina revolucionaria, acaba de darnos una nueva prueba de amistad. Visitó el país no hace mucho y con motivo de un hecho de actualidad quiso resumir sus impresiones de viaje, con amplia visión de político, acostumbrado a conciliar las cosas más opuestas, y con la flexibilidad del turista inglés, a quien nada sorprende, mientras recorre las rutas del mundo, con la gorra echada sobre los ojos y colgados del hombro los prismáticos para contemplar de lejos el idilio de una mona en las ramas de un árbol, la red de brazos de una divinidad india o la ruina venerable que se vislumbra en la cumbre de un cerro. Es nuestro amigo como lo es de las comarcas africanas a cuyo ordeño metropolitano asistió a menudo. Lord Strabolgi no sería capaz, en su recto juicio de hombre que conoce la historia, exigir demasiado a las poblaciones del Africa en materia política y tampoco cree que se puede pedir a la Argentina más de lo que es susceptible de dar en su composición republicana y democrática. "Ciertamente —dice el noveno barón de los Montague Kenworthy— algunas fases del gobierno son dictatoriales, pero debemos recordar que esa es la América del Sur, donde la democracia es relativamente joven". Tales aspectos de estagnación o de retroceso no logran asombrar al insigne legislador de la Cámara de los Lores. En su calidad de marxista que estudia los acontecimientos históricos, le consta que así como un país no consigue superar sus recursos técnicos, tampoco los traspone de golpe en los planos más altos de la cultura o de política. Por otra parte, como inglés de la metrópoli, le es familiar la justicia negra de las regiones ecuatoriales, las sentencias de los brujos, que los magistrados de Londres tienen que examinar agobiados por sus lanosas pelucas, modificar o confirmar. El juez ve que el "héroe Gugul, cazador de cocodrilos, fué condenado a perecer en el fuego porque había desobedecido al rey Glaglá". ¿Qué remedio le queda al juez que aprobar esa severísima jurisprudencia? ¿Le es posible, acaso, reformar el alma de las tribus que se tuestan en los claros de los bosques o en las costas de los ríos del Africa? Lord Strabolgi sabe que esa tarea, que es la de civilizar pueblos, requiere siglos de paciente enseñanza, de factorías con puertos en que humean los barcos británicos, de gabinetes junto al Támesis en que los pausados caballeros, que descienden, como Lord Strabolgi, de antiguos hogares, preparan con laboriosa previsión su fin de semana. Consta a Lord Strabolgi que no es factible forzar la evolución conforme a las premisas de Marx, y tratar a los africanos como si pertenecieran a la especie humana, ni considerar a la Argentina como una nación de vida secular, con sistemas legales inalterables, incompatible, por lo tanto, con trazos que enturbien su fisonomía democrática.

La Argentina, según esa teoría, integra la América del Sur y no ha de provocar sorpresa en nadie la circunstancia de que la gobierne una especie de dictadura. Y del mismo modo que se sorben las minas en el Africa, sin que lo impida el atraso de sus habitantes, es lícito hacer buenos negocios con esa república americana, un poco primitiva todavía y un poco dictatorial, que proporciona suculentas tajadas de rosbif a los compatriotas de Lord Strabolgi y aquéllos le venden los ferrocarriles. Lord Strabolgi lo ha declarado con una indiferencia insular. Su impávido punto de vista de individuo británico no debe irritarnos más de lo que nos irrita habitualmente cualquier fenómeno de insensibilidad. En el fondo, ha enunciado una verdad anotada con excesiva neutralidad de observador, dispuesto a seguir aprovechando aun lo que ha de detestar en secreto. Nosotros sabemos lo que no ignora Lord Strabolgi. La diferencia está en que lo sabemos dolorosamente, con hosca amargura, y comprendemos hasta qué límite es exacta la aseveración que concierne a la incapacidad de crecimiento moral de ese ancho sector americano. Es justamente el drama que vive el ciudadano civilizado de América. Presencia periódicamente el naufragio de sus ideas, es el testigo diario del salto atrás de los países que ama. En el Sur, en el Centro y en el Norte de las Américas, surge a cada instante el caudillo providencial, la petisa tisura napoleónica, el personaje que ha conspirado en el sigilo del cuartel, el prócer que da su nombre a ciudades, el tiranillo clásico que antes terminaba por huir a París, donde guardaba sus reservas de oro. Todos los países latinoamericanos conocieron este tipo de mandador con quien negociaban y negocian placenteramente las grandes potencias. Lord Strabolgi, viajero frío y veraz, viene a probarnos que sería un error creerlo desaparecido en el pasado. "Esa es la América del Sur". Un continente dictatorial, es decir, inmoral, verboso y demagógico, que progresa en la economía, en la ciencia, en las industrias o en las artes, menos en política, esto es, la ciencia y el arte que necesitan los seres humanos para construir sociedades en que la norma convenida sobrepasa en poder a la fuerza, pues en ello y nada más que en ello, reside la esencia y la eficacia de la civilización.